31

«Puedes ver los que están en la luz»

Como una melodía de Haydn, algunos temas se repetían a lo largo de la historia de la Casa de Krupp, y conforme la década del sesenta iba avanzando, dos de esos temas se hicieron poco a poco más amenazantes. Por segunda vez en menos de un siglo, un fuerte y único propietario se veía contrariado por complicaciones bancarias y por un hijo cuyas exóticas debilidades ni él ni su imperio podían tolerar. Ambos problemas iban a desarrollarse conjuntamente y terminarían por abrumar al último gigante de Essen.

En el intervalo, hubo un respiro. El tema más venerado por los leales súbditos del Deutsche Reich y el Krupp Reich era su pasado, presente y futuro comunes. Durante el funeral de Fritz, el kaiser dijo a los funcionarios Kruppianer: «Gracias a vuestra capacidad, he visto el nombre de nuestra patria alemana glorificado en todos los países extranjeros» *(mit Stolz habe ich im Ausland überall durch Eurer Hände Werk den Namen unseres deutschen Vaterlandes verherrlicht gesehen).* Por consiguiente, ahora, en su casa de Bonn, el presidente de Alemania Occidental, Heinrich Lübke, escribió las palabras iniciales del discurso que iba a pronunciar en Essen: «En la historia de vuestra Firma se reflejan fatalmente las alzas y las bajas, los triunfos y los desastres de nuestro pueblo alemán» *(In der Geschichte Ihrer Firma spiegeln sich in shicksalhafter Weise Höhen und Tiefen der Geschichte unseres ganzen Volkes wieder)* (1).

La alocución estaba destinada a una oportunidad muy especial. No hubo nada semejante desde que la muerte de ciento diez mineros hizo supender el torneo de Gustav, envió al kaiser a su casa de mal humor, y obligó a desmontar a Alfried, que entonces tenía cinco años, de su pony. Ese centenario se celebró en 1912, cuando el Gran Alfred hubiera cumplido los cien años. Después de pensarlo bien, su biznieto resolvió cambiar la fecha de la celebración. Ahora que los Krupp habían abdicado como Kanonenkönig, parecía más adecuado celebrar los ciento cincuenta años el 20 de noviembre de 1961, dos meses después del quincuagésimo aniversario del día en que Friedrich Krupp fundó «*eine Fabrik zur Verfertigung des Gusstahls und aller daraus resultierenden Fabrikate*» (una factoría para la fabricación de acero colado y todos los productos derivados). La gestión de Friedrich no fue muy afortunada en ese aspecto,

a pesar de lo cual, una vez que Alfried hubo aprobado el actual plan, garabateando las letras AK —había adoptado la costumbre de emplear no sólo las iniciales, sino hasta la caligrafía del Gran Alfred—, la Bundesrepublik movilizó sus efectivos con la misma celeridad relámpago con que los hubiera hecho Albrecht Theodor Emil von Roon, atestando trenes con *Pickelhauben* destinados a la frontera franco-prusiana.

Sería el acto más impresionante de Alemania, desde que el Führer concedió trece bastones de mariscal tras la caída de Francia, y el más espléndido desde que Gustav, luciendo todas las condecoraciones del partido, fue acompañado por Hermann Goering hasta la Opernhaus de Berlín. Varios equipos de peritos en protocolo, tanto de la Reichkanzlei de Bonn, como del Hauptverwaltungsgebäude, de Essen, se aplicaron con todo cuidado a confeccionar la lista de invitados. El canciller Adenauer, el presidente Lübke, el ex presidente Theodor Heuss, y Ludwig Erhard, encabezarían la delegación nacional. Les acompañarían treinta embajadores, en su mayor parte de Africa y Asia, con sus respectivas esposas. El Konzernherr se encargaría de dar la bienvenida a sus invitados, y junto a él estarían su heredero, Berthold Beitz y doscientos sesenta representantes de Krupp, procedentes de cincuenta y nueve países. Exceptuando a Alfried, el centro de la reunión sería Arndt, quien, según señalaba una de las notas oficiales de la Firma, «está destinado a continuar la tradición de la Casa Krupp» (2).

Sin duda tardaría en ocurrir esto. Su padre aún dominaba todos los resortes, y los detalles de la ceremonia, del primero al último, fueron concebidos y supervisados por él. Examinó la reconstruida Stammhaus centímetro a centímetro, cuidándose de que la balanza del rollizo Fritz y los zuecos que Alfred usaba en la Gusstahlfabrik, se hallasen debidamente colocados. Revisó asimismo una película, *Die Drei Ringe: Krupp Heute*, y también el lugar donde el monorraíl Alweg iba a ser montado de nuevo. Por fin, leyó otra vez los comunicados por los cuales se concedían condecoraciones papales al barón Von Wilmowsky y a él mismo, Alfried, y estableció las medidas para los grandes decorados del escenario, que se adornarían con los tres anillos y las grandes letras 150 JAHRE KRUPP 1811-1961. Idea suya era el que todos los Kruppianer que estaban en nómina cuando el abortado torneo, fuesen ahora invitados de honor, y le causó gran alegría saber que había más de quinientos de esos veteranos (3).

Aquí los expertos en protocolo se mostraron aterrados. Eso significaba dos mil invitados, y Villa Hügel no podría albergarlos. Hasta el auditorio de Essen resultaba pequeño. Luego, ¿y si llovía? El Konzernherr, sin desanimarse, trazó el boceto de un pabellón al menos tan singular como la caseta en la que su bisabuelo propuso arrodillarse dando muestras de gran valor, mientras su propio cañón le bombardeaba. La estructura de Alfried era tal vez la tienda de campaña más grande que se había construido jamás, una enorme esfera inflada, de color azul y blanco, que albergaría a los gobernantes de la Bundesrepublik, a los demás barones del Ruhr, a las misiones diplomáticas, a quinientos ancianos Kruppianer, y a todos los criados de Alfried (comprendido su lavacoches). Pero había un serio inconveniente. A diferencia de la caseta de Alfred, la tienda de su biznieto podía desplomarse al suelo con sólo el pinchazo de una aguja. Por consiguiente, la *Ballonhaus* estaba rodeada día y noche por guardias armados. Los expertos en relaciones públicas lamentaron la presencia de aquellos centinelas, que daban a la fiesta cierto aire marcial. Schröder, que entonces aún ocupaba su puesto, informó que se habían vendido cinco mil millones de marcos en aquel año fiscal. Los hombres de Krupp que venían de fuera —muchos de ellos no habían visto el Ruhr

desde hacía diez años, cuando estaba lleno de escombros—, se mostraron asombrados ante la transformación experimentada por Essen. Uno tuvo que ir hasta los suburbios, para encontrar el cráter de una bomba, y por la noche, sobre la ciudad refulgían las colosales K de Krupp, letreros de neón de color azul, amarillo y verde. Durante seis días y sus noches los invitados pasearon entre salas de espectáculos y parques de diversiones, viajaron en monorraíl, asistieron a cenas en el castillo, cuyos salones aparecían iluminados con candelabros, y a conciertos y sesiones de baile clásico ofrecidas por el *Herr im Haus* (4).

Los discursos comenzaron en la última jornada; al dar las doce del mediodía, Alfried pronunció su Jubiläumsrede. «*Herr Atlbundespräsident, Excellenzen, Herr Bundestagspräsident, meine Herren Minister, meine Herren Präsidenten, Herr Oberbürgermeister, Magnifizenzen, meine sehr verehrten Damen un Herren!*», comenzó diciendo de un tirón. Como era habitual en él, no dio indicio alguno sobre sus planes futuros. Más bien trató acerca de las pasadas glorias del Konzern y de Alemania, de la solidez de la firma, y del magnífico imperio que iba a dirigir su hijo. El Oberbürgermeister Wilhelm Nieswandt fue breve y resultó humilde y casi inaudible, como era de esperar en un antiguo herrero de Krupp; el gobernador de Nordrhein-Westfalen se mostró untuoso; los hombres de Bonn traslucieron una confianza casi arrogante. Lübke, agotado por el programa semanal, no pudo subir al estrado de los oradores. Su discurso, que fue leído por otra persona, denunció a aquellos porcinos Ausländer que divulgaban «*falsche Klischees*» por el extranjero, acerca del antiguo armero del Reich (5).

Theodor Heuss avanzó un paso más. Aseguró que esos falsos clisés se debían al «odio suscitado por la guerra». Esas gentes habían creado una imagen ultrajante de *die Firma* como un «anexo del infierno», aunque, según comentó sarcásticamente, Schneider-Creusot, Skoda, Vickers-Armstrong y la Bethlehem Steel Corporation eran consideradas como ángeles del cielo *(Himmlische Engel)*. Tal vez esos extranjeros desaprobaban la jerarquía industrial de la patria; quizá la consideraban autocrática. Peor para ellos, porque no iban a haber cambios. Cada uno de los Kruppianer se hallaba y seguiría hallándose en una de las tres castas: los obreros, los empleados, y los directivos, todos ellos patrióticos miembros, de la compañía *(Betriebpatriotismus)* (6).

Erhard, que habló el último, declaró que el futuro de Krupp y de Alemania estaban unidos estrechamente, pidió, como lo había hecho Alfried, que Francia, Inglaterra y Norteamérica se unieran a Alemania para acabar con el *Diktat* de Mehlem. Aseguró que el pacto era absurdo y anticuado. Si no era aún letra muerta, en el Ruhr se estaba convirtiendo rápidamente en una broma pública.

En ese otoño de 1961, la familia llegó a una dorada cúspide en que toda ambición se veía realizada, todo deseo satisfecho, toda fuente de disgusto dominada por el enorme poderío del *alleinige Inhaber*. El propio Krupp no estaba satisfecho, naturalmente; pero, ¿qué gran hombre ha conocido la conformidad? Ni Alejandro Magno, ni Federico el Grande, ni Napoleón, ni Bismarck, ni el kaiser, ni el Führer, ni ninguno de los Krupp que habían llevado la dinastía a su actual estado de preponderancia, la conocieron. La felicidad era algo reservado para los demás; a semejanza de Sigfrido, Alfried sostenía un poderoso escudo sobre su tribu, y se contentaba con saber que la sabiduría y el valor de sus gentes eran una fuente de dicha y de contento.

Waldtraut, siempre ocupada, había formado un nuevo hogar con su

segundo esposo en Argentina, entre los amigos de los años treinta que por razones políticas o de otra índole hallaban incómoda la residencia en Europa. Pero todos los años viajaba en avión para volver al hogar alemán. Regresaba siempre un poco más gordita, pero tan vivaz como siempre. Entonces se dedicaba a visitar a todos sus parientes, y dejaba a los modistas más caros de toda Europa contando montones de oro de Krupp. La otra hermana de Alfried, más sencilla, criaba su prole y ayudaba a su esposo a administrar su finca en la placidez provinciana de Baviera. Los demás rara vez oían hablar de ella, excepto cuando anunció el nacimiento de otro hijo. Detrás de la valla de Hügel se hacían bromas bien intencionadas sobre Irmgard, pero lo cierto es que ella había conseguido energía y felicidad en su tranquilo retiro, y sus hermanos se alegraban en el fondo por ella. Nunca fue la más inteligente de la familia, y sin embargo consiguió evitar las molestias de la excesiva publicidad. Harald, mortificado por el ajetreo del 150.° aniversario, envidiaba en secreto a su hermana Irmgard (7).

La recuperación de Harald, después de su odisea, fue lenta. Durante dos años después de su regreso de los Urales, se vio afectado de insomnio, recordando a los camaradas que habían quedado detrás. Entre las sombras nocturnas de Hügel se agitaba inquieto recordando los versos de Brecht, que decían:

Denn die einen sind im Dunkeln
Und die andern sind im Licht.
Und man siehet die im Lichte
Die im Dunkeln sieht man nicht.

Y ésos se hallan en la oscuridad,
Y aquéllos están en la luz;
Puedes ver los que están en la luz.
Y no se ven los que se encuentran en la oscuridad.

Su casamiento contribuyó a ayudarle, lo mismo que el nacimiento de su primer hijo. También le ayudó el tiempo, su afectuoso vínculo con su hermano Berthold, y las distracciones que se buscaba. Como gran aficionado a la caza, Berthold había dejado exhaustos los cotos de caza familiares; además, Berthold enseñó al reservado Harald los placeres más cultos de la pintura, la música y la literatura. (Berthold, el más humano y sensible de los hijos de Gustav, era el que más se parecía a éste físicamente, y el que se diferenciaba más de él por temperamento; era un comerciante hábil, y sus dos empresas prosperaron.) Como hija bien criada de un barón del Ruhr, Doerte von Bohlen alentó las aficiones de su marido, obtuvo una licencia para volar y se convirtió en copiloto de Harald. La verdadera convalecencia de éste duró casi ocho años, y al fin logró superar sus angustias. Nunca sería ya el joven oficial de mentalidad cerrada que marchó al Este a conquistar Rusia, pero en cambio se transformó en un hombre maduro, en un símbolo, como Berthold, de la esperanza de la Bundesrepublik.

Guiados por Axel Springer, una especie de Hearst de Alemania Occidental, la mayor parte de los periodistas del recortado Reich compartían el anhelo nacional de olvidar los fantasmas del pasado. Fritz Sauckel terminó su existencia en el extremo de una cuerda del Justizpalast, quince años antes del 150.° aniversario del Konzernherr, y Albert Speer, condenado a veinte años, aún languidecía en Spandau. Sin embargo, nadie susurraba siquiera que Alfried había trabajado junto a ellos y fue hallado culpable de iguales delitos, en la misma sala del tribunal. De vez en

cuando se alzaban veladas protestas. En Francfort, el guardia de un campo de concentración, condenado a cadena perpetua por asesinato, gritó: «¡Somos nosotros, los pequeños, quienes pagamos! Pero, ¿qué hay de los *Bonzen* que dieron las órdenes? ¡Esos están en sus castillos del Ruhr, y se enriquecen y engordan!». El asunto fue discretamente enterrado. Aquel hombre era un matón, inaceptable para una sociedad educada. Además, era culpable. Había sido condenado y sentenciado por un tribunal.

Las copias de los documentos alemanes por los cuales se condenaba a Krupp, o, según lo indicaron los corresponsales norteamericanos, que le habían condenado por los delitos de su padre, eran cada vez más difíciles de hallar. El juez Wilkins retuvo sus archivos, y el juez Daly los depositó en la biblioteca de Derecho de Hartford, pero eran documentos escritos en inglés. Washington devolvió los originales alemanes a Bonn, basándose en que eran propiedad de la Bundesrepublik. Cecelia Goetz, del equipo de la acusación, perdió sus notas durante un incendio en un sótano, producido «por causas no explicadas» (8). Rawlings Ragland, consejero jefe del general Taylor, envió una copia completa de la transcripción del proceso a su hermana de Lexington, Kentucky, creyendo que al fin resultaría de interés histórico. Aún se hallaban allí los documentos, en el desván de un granero, cuando este autor comenzó las investigaciones hace diez años. Debido a la supresión de la versión alemana, el contenido de la transcripción resulta desconocido para los ciudadanos de la Bundesrepublik. En realidad, la ignorancia de los ciudadanos de Essen acerca del pasado de su país resulta asombrosa. El autor de este libro preguntó a un *Taxichauffeur* si sabía que la Burgplatz se llamaba Adolf Hitler Platz, y que una calle cercana a ésta era la Adolf-Hitler-Strasse. El hombre se echó a reír, y dijo que yo debía estar bromeando. Pero cuando comencé a canturrear *Die Fahne hoch,* le sorprendí observándome por el espejo retrovisor, y no había alegría en sus ojos. Era de aquella generación.

Tilo y Bárbara vivían en una casa de fachada de ladrillos, que al lado de Villa Hügel había sido la morada de un portero, y que ahora resultaba demasiado grande. «*Freiherr!*», gritaba siempre mi conductor al vigilante de Hügel, cuando yo llegaba para tomar el té de la tarde. Entonces el joven delgado y de impecable uniforme, hacía sonar cortésmente los tacones y me acogía con ese inimitable saludo que los extranjeros sólo pueden ver en las viejas películas de Erich von Stroheim. El otoño anterior al gran aniversario de Krupp, el barón había escrito sus memorias (*). Aunque estaban dedicadas a Bárbara y a la memoria de Bertha, eran en gran parte una historia de los tres siglos de dominio de los Wilmowsky sobre Marienthal, su perdida casa solariega.

Entregó el primer volumen a su esposa, quien a cambio de ello le sorprendió con un tomo exquisitamente encuadernado de *Humor bei Krupp,* una colección de dibujos que el abuelo de Bárbara había trazado en los márgenes de sus cartas. El barón y la baronesa siempre se regocijaban con aquellos garabatos. Su invitado sólo podía fingir una débil sonrisa. Alguien escribió que el humor francés se alberga en el dormitorio; en tal caso el humor alemán reside en el cuarto de baño, y *der Grosse Krupp,* obsesionado con los caballos, a menudo solía hallar muy gracioso lo que ocurría en su establo o en relación con el mismo. Solían ser variaciones de un mismo tema, un hombre cayéndose de su caballo, u otro colgado de la rama de un árbol, a bastante altura. Eran gracias del siglo pasado, y un visitante cortés sólo podía hacer unos cuantos comentarios evasivos.

(*) **Rückblickend möchte ich sagen...** (Oldenburg y Hamburgo, 1961).

Pero los Wilmowsky resultaban una pareja insobornablemente afectuosa, y cruzar el umbral de su casa era dejar atrás la tosquedad de la nueva Alemania, la pesadilla de doce años que la precedió, el experimento de Weimar, y aquellos cuatro años en las trincheras que habían sido una especie de puente entre la era de estabilidad y la de angustia, todo ello para entrar, aunque sólo fuera imaginariamente, en la serenidad en que unos pocos veneraban a *der Allerhöchste* los domingos, en los púlpitos luteranos, vitoreaban al *Allerhöchsteselber* y su crecido vestuario de uniformes el resto de la semana, le creían implícitamente cuando les decía que la patria estaba amenazada por los extranjeros, e imaginaban que las únicas personas que valía la pena conocer eran aquellas sobre las que se informaba en *Der Reichsanzeiger*, de Berlín.

Setenta años de estar junto a los poderosos no habían curado la ingenuidad del barón. «Esperemos que herr De Gaulle no tenga las ambiciones de Napoleón», murmuró una vez, y la baronesa asintió convencida. Uno casi podía ver ya a *le grand Charles* encabezando una *grand armée* a través del Muro de Berlín, para dirigirse hacia las nieves de la Unión Soviética, pasando sobre el cadáver de Ulbricht (9). Y luego agregaba: «¿Recuerdas que una vez dije a un francés que Alemania y Austria debían tener un solo Generalstab, y él me creyó borracho? ¡Pues ahora lo tenemos, con un general alemán sentado en Washington!» (Se refería a Hans Speidel, que había sido jefe de Estado Mayor de Rommel, y ocupó un puesto en la OTAN a fines de los años cincuenta.)

No es que Tilo fuera un fanático, sino más bien que vivía de quimeras. Era tan imprevisible como los repentinos vendavales del Ruhr, que parecían soplar de cualquier parte en el día más claro de primavera. El barón estaba orgulloso de Patrick Duncan, un amigo de su hijo que se hallaba haciendo una campaña contra el *apartheid* en Sudáfrica, y le divertía Christine Keeler. (A su mujer no, y apretaba los labios al mencionarla.) Aunque fue miembro del partido nazi, Tilo reconocía en seguida que Hitler era un *Schweinerei*, y se mostraba escéptico acerca del carácter nacional teutón. «¿Sabe usted? —decía—; tenemos un dios especial, que puede envidiarnos. Se llama Loki. Nadie más tiene eso.» (Aquí Bárbara no podía quedarse callada, y protestaba: «¡Eso es injusto para los alemanes!» Y él respondía: «¡Es cierto, es cierto!»). Sin embargo, cualquier crítica implícita contra el apellido familiar —de él o de ella—, irritaba al anciano. Luego de un digno silencio, la reunión se trasladaba a su despacho, exhibiendo Tilo los trofeos propios de un hombre de mucha edad: borrosas fotografías de su hijo muerto, de su nieto, de Bertha, de Gustav, de Margarethe, de Artur, el hijo de Hermann Krupp, y como objeto incongruente en aquel medio, los cuernos de un antílope africano montados sobre una placa que llevaba la inscripción *«1911, Torrenjau, W»*. Explicó, refiriéndose a la pérdida de Marienthal por los Wilmowsky: «Ese trofeo fue todo lo que los rusos me dejaron llevar. La caza fue la mayor pasión que tuve en mi juventud».

El barón y su esposa eran el único vínculo que tenía Alfried Krupp con el pasado. En 1911, comprueba uno con asombro, Tilo contaba ya treinta y tres años. Tal vez porque había crecido en una época libre de amarguras, tanto él como Bárbara eran incapaces de malicias. El 20 de noviembre de 1961, el presidente de la Bundesrepublik recordó a su audiencia el calvario del único propietario —«la entrega y desmantelamiento de las fábricas, el anuncio de que todo había terminado, esas catástrofes»—, pero no dijo que mientras Alfried había recuperado y duplicado sus posesiones, sus ancianos tíos, que una vez fueran dueños de un castillo casi tan grande como Villa Hügel, eran ahora sus inquilinos y vivían sólo de marchitos recuerdos, de una libreta de notas, una foto-

grafía amarillenta, rancios trofeos de caza, y el extraño reloj forrado de cuero que papá Fritz compró en París hacia 1870 (10).

Por lo tanto, resulta extraño que Alfried se sintiera vengativo, y ellos no. Pero es que Krupp había sido educado en la creencia de que el invencible Reich fue traicionado por los criminales de noviembre de Weimar, que el odio obraba como una purga, y que ser varonil era poco menos que ser paranoico. A lo largo de los años de su formación, Hitler fue el ídolo nacional, del cual un amigo de la niñez del Führer escribió, al recordar el pasado: «Por todas partes no veía más que obstáculos y malicia... Siempre estaba en controversia con el mundo respecto a algo *(mit aller Welt überworfen)*... Jamás le vi tomar nada a la ligera» (11).

Krupp no era igual que Hitler, sino más sutil, y a comienzos de los años sesenta demostró ser un rival más hábil. De todos modos, también él tenía un concepto sombrío del mundo, y se veía rodeado por todas partes de antagonistas. Cada uno de ellos se creó su propio círculo. Una posible respuesta al carácter de Alfried puede hallarse en la estremecedora filosofía que Hitler se formó en Landsberg respecto a lo que erróneamente creía ser el secreto del éxito del SPD en las elecciones. Para los cronistas, las razones de la pluralidad socialista en los años de Weimar son evidentes: aplicación de impuestos más bajos, mayor cantidad de puestos de trabajo, y buenos alimentos. Para el futuro Führer, eso era algo sencillo, y en su celda de Landsberg dictó a Hess:

> «Comprendí el infame terror mental [*infamen geistigen Terror*] que ejerce este partido, especialmente en las clases medias, que no están preparadas para combatir semejantes ataques, bien sea moral o intelectualmente. A una señal, los socialdemócratas sueltan una tormenta de mentiras y calumnias contra cualquiera que les amenace, hasta que su oponente se hunde bajo la tensión... Esta es una estratagema científica basada en una comprensión intuitiva de las debilidades humanas, y su éxito puede garantizarse casi con precisión matemática [*Es ist eine unter genauer Berchnung aller menschlichen Schwächen gefundene Taktik, deren Ergebnis fast mathematisch zum Erfolge führen muss*]... Simultáneamente, comprendí el poder del terror físico sobre el individuo y las masas... Pues entre sus filas el triunfo parece ser el de la justicia, el perdedor generalmente abandona toda esperanza.» (12).

Resultaría difícil hallar una exposición más brillante de la ideología fascista. Y sin embargo, sólo un Hitler o un Bazarov pueden penetrar así en la dura medula del negativismo, sin sentirse repelidos. La mayor parte de los nazis no podían soportar la oscura noche de la reflexión. Goering escapaba a Karinhall, Himmler se refugiaba en un asilo, Goebbels inventó un sustento ideológico. Con sus inmensos recursos interiores, Krupp se acercaba más al estoicismo, pero sintió la necesidad de apoyarse en la tranquilidad y la piedad que había aprendido de su madre, del mismo modo que Fritz buscó apoyo en Bertha Eichhoff, y el joven Arndt hizo lo propio con Anneliese Bahr.

Eso, según parece, era el significado que Tilo y Bárbara veían en Krupp. En el curso de sus vidas, las clases pudientes se habían vuelto sobre sí mismas. La brutalidad del nacionalsocialismo supuso un giro de 180 grados, en relación con el sereno código del patriciado de Guillermo. Unas cartas de aquella época confirman esto. Un amigo del barón, al despedirle cuando marchaba a estudiar a Oxford, le aconsejó: «Te marchas fuera. Defiende el altar, el trono y la tierra [*Kampfe für den Altar, für den Thron und für die Hütte*]. Pero recuerda que el altar debe ser

el refugio del Todopoderoso, y no de la hipocresía; que el trono no debe depender de la codicia de ningún partido egoísta, sino del bienestar del país entero; y que la tierra más humilde es el castillo de un hombre libre. Recuérdalo siempre: ponte de parte del pobre y del desvalido». Del mismo modo que las muchachas de catorce años, integrantes del Bund Deutscher Mädel de Hitler eran alentadas para que se dejaran embarazar por jóvenes arios durante las vacaciones de verano, a Bárbara, según recordaba en su ancianidad, le enseñaron que «los niños deben aprender a comportarse y a no sufrir ninguna confusión. Toda excentricidad queda prohibida. Esto era algo más que remilgos: los padres vacilaban en admitir que los niños nacían desnudos. Les ocultaban lo desagradable, lo peligroso y lo dudoso» *(man deckte das Unschöne, das Gefährliche und Zweifelhafte zu)* (13).

Krupp advirtió el abismo, y buscó el puente para salvarlo. Su esfuerzo nunca fue muy prolongado, pero la lucha fortaleció su sentido del pasado, y eso era sumamente importante para él. Era un suelo en el que podía echar raíces, un legado emotivo que dejaría a su hijo. Así, mientras se mostraba indiferente a los honores que el Reich había vertido sobre él —le divertía el orgullo con que Gustav lucía su insignia dorada del partido—, Alfried sintióse curiosamente conmovido cuando en el décimo aniversario de Mehlem, el presidente de Alemania Occidental concedió a Tilo la Estrella de la Gran Orden al Mérito de la República Federal Alemana. El barón también tembló emocionado cuando el presidente le prendió en el pecho la condecoración *der Stern zum Grossen Verdienstkreuz der Bundesrepublik.*

Más tarde, Tilo dijo a este autor, con voz insegura: «Puede usted pensar lo que quiera sobre las condecoraciones, pero si el jefe de Estado de una parte de este dividido Reich le expulsa a uno de su casa solariega de trescientos sesenta y tres años de antigüedad, por obra y arte de un papel; le da veinticuatro horas para marcharse llevándose lo puesto y lo que pueda transportar uno mismo, y dejando todo lo demás, y luego, después de quince años, el jefe de Estado del resto de este país, que es como dos hermanos siameses, le otorga una condecoración, bueno... —su voz se quebró, para volver luego a alzarse—; bueno, es algo que aprecio» (14).

Ante el contento del barón y la baronesa Von Wilmowsky, el otoño de 1962 vio surgir dos notables aventureros llamados Winston Churchill II y Arnold von Bohlen, ambos en la mejor tradición de Karl May. Ante el alivio de Bárbara, Tilo arrojó a la papelera el provocativo relato del escándalo Profumo, de Gran Bretaña (ella lo hizo desaparecer en seguida), y se embebió en la lectura de los artículos de Churchill, el cual acababa de cumplir los veintidós años, contemplando las fotografías que los acompañaban, y que fueron tomadas por el mayor de los nietos de Gustav, que contaba veintitrés años (15).

Ambos habían sido presentados en Oxford, donde Arnold era jefe del club universitario de esquí, y Winston el secretario. Según el nieto del antiguo primer ministro explicó a un escritor en vísperas del viaje que había atraído la atención Hügel, él y Arnold se habían hecho amigos «tres años antes, cuando los dos esquiábamos para la Universidad, en Austria. El estaba en Balliol; yo en Christ Church. En 1961 fue a un safari en Tanganika, y el mismo año yo hice una expedición de cinco mil millas, en un Land Rover, cruzando el Sahara desde Libia hasta las montañas Tibesti, y regreso». Mientras limpiaba un revólver de calibre 38, revisaba un equipo de supervivencia que contenía comida y agua para una

semana, cerillas a prueba de agua, y tabletas de morfina, agregó: «Las Tibesti son realmente impresionantes. El pico más alto es Emi Koussi, de cuatro mil metros de altura. No lo subiremos, pero el viaje será animado. Recorreremos veinte mil millas y visitaremos más de cuarenta países. No tenemos idea del tiempo que vamos a tardar».

Estarían de viaje nueve meses, y si bien la pistola y el equipo de supervivencia puede parecer un poco melodramático, lo cierto es que los dos jóvenes corrían un buen riesgo. Churchill compró un Piper Comanche nuevo para la ocasión, pero el radio de acción del aparato era de sólo 850 millas, su velocidad máxima poco mayor que la de un «Jaguar», y la caja de mapas del aparato estaba atestada de unas cartas que más confundían que instruían. Ninguno de los dos sabía mucho de navegación. El joven Winston había recibido una educación clásica y su compañero se preparaba para trabajar como posgraduado en Fontainebleau, una especie de Escuela de Comercio de Harvard. A esta última había asistido el padre de Arnold, pero la familia la rechazó debido al trato que recibiera Krupp de los norteamericanos. Cuando Churchill saltó de la cabina de su aparato, en Ginebra, admitió ante un periodista suizo que el primer salto había resultado inquietante. «No es de extrañar, pues entre los dos —dijo mientras tendía una mano a Arnold, para ayudarle a salir— tenemos menos de doscientas cincuenta horas de vuelo.»

Los aviadores veteranos se mostraron alarmados. Aquel primer salto había salido bien, pero el resto de la ruta sería muy arriesgado. Los jóvenes explicaron que la revista *Queen* corría con sus gastos. Con el clásico *My African Journey*, de sir Winston Churchill en la mente, los editores ya anunciaban los próximos artículos del nieto, que se llamarían *In the Steps of My Grandfather* (Siguiendo los pasos de mi abuelo). Había quien se preguntaba si los escritos llegarían a publicarse. El abuelo, libre de toda complicación, viajó a paso más moderado por Omdurman, Ghana, Togo, Pretoria y Transvaal. Cierto es que se enfrentó con los mahdi y los boers, pero al menos sabía dónde se hallaba, y siempre tuvo tierra firme debajo de él o de su caballo.

Al ver a la pareja emprender el vuelo desde el aeropuerto de Gatwich, en Surrey, el 11 de noviembre de 1962, el teniente de vuelo Busby, instructor de Winston II, les rogó que tuvieran cuidado. Uno se pregunta si le oyeron. «Al despegar de Amman —escribió Churchill, posteriormente—, volamos sobre el mar Muerto cuando nuestro altímetro señalaba 1.275 pies *por debajo* del nivel del mar.» El joven pareció contento ante su destreza para leer el altímetro, y agregó: «No sé si sabe usted que la superficie del lago se halla aproximadamente a 1.285 pies por debajo del nivel del mar». Lo que omitió fue que por simple aritmética habían volado a diez pies sobre las olas, y que un repentino *khamsin*, el vendaval más voluble y feroz que pueda imaginarse, pudo hacer pedazos su frágil avioneta, enviándolos a ellos a las saladas profundidades que ningún abuelo había recorrido. Por lo visto, esta clase de riesgos no intimidaban a los pilotos de poco más de veinte años, lo que explica por qué el padre de Arnold y su flamante Messerschmitt desaparecieron en el bosque de Hürtgen en aquella mañana despejada de enero de 1940, sin que hubiera un aparato enemigo sobre el horizonte. Al serle advertido posteriormente el peligro que habían corrido, Winston, con gesto inexpresivo, replicó: «Ibamos a El Cairo». En aquella mente no hubo la menor idea de hacer un breve rodeo. Es un punto de vista que hace de los hombres primeros ministros, kanonenkönige, y hasta cadáveres.

Dejando de lado los azares, la expedición estaba despertando entre los poderosos casi tanta buena voluntad y simpatía como si se tratara de una gira real. Aun antes de que los dos alumnos de Oxford hubiesen

despegado por vez primera, las naciones de su itinerario, al oír los nombres de Churchill y Krupp unidos, les enviaron invitaciones para asistir a banquetes de gala, tarjetas que iban firmadas por el emperador Haile Selassie, el rey Hussein de Jordania, el presidente de Siria, Nazem el Kodsi, y el jefe del Gobierno del Sudán, Ibrahim Abboud. Este último acompañó a ambos jóvenes hasta Khartum, al tiempo que les expresaba sus profundas condolencias por la muerte de Gordon. Un jeque yemenita, con el raro hábito de gesticular violentamente con las manos, en las que empuñaba sendas dagas, también les hizo los honores. La categoría de sus anfitriones no les desconcertaba, ya que lo consideraban como algo natural. A su regreso, Winston manifestó con aire indiferente: «En Beirut nos invitaron a comer algunos de los banqueros libaneses más adinerados. Había veintidós invitados, y la comida era espléndida, servida con vajilla de la mejor plata. Ante la casa se hallaban estacionados una serie de coches como los «Jaguar», «Mercedes», «Aston-Martin», bueno, de ese tipo». En cualquier otro estudiante, un relato semejante se habría hecho sospechoso, pero en Churchill era algo natural. Del mismo modo, Arnold manifestaba, casi con parquedad periodística, que en el aeropuerto de Egipto, Nasser no acudió a recibirles personalmente. En su lugar envió a un consejero jefe, Hassan Sabray, el cual les condujo Nilo arriba, hasta los alojamientos que les habían reservado en Luxor, y luego les mostró la presa que los soviéticos construían en Assuan.

Después cruzaron Kenya, Tanganika y Zanzíbar, tierras que Churchill por costumbre obtenida en las escuelas inglesas, llamaba «Africa Oriental Británica». Ninguno de los dos sabía que estaban también siguiendo los pasos del bisabuelo de Arnold, hasta que se detuvieron en un poblado de Togo, cuando se hallaban en la primavera de 1963. Winston mencionó a un grupo de jefes del lugar que su compañero pertenecía a la familia alemana de los Krupp. Los tres nativos más ancianos no disimularon su asombro; luego uno de ellos se adelantó, inclinóse profundamente ante Arnold, y le habló en vacilante alemán: «*Dass es mein innigster Wunsch ist, Ew. Exzellenz meinen ehrfurchtvollsten Dank und meine unbegrenzte Verehrung zu Füssen legen zu dürfen*» (Es mi profundo deseo demostrar ante Su Excelencia mi más respetuosa gratitud e ilimitada veneración) (16).

En ese verano, Winston escribió un libro acerca del viaje que habían hecho (17), y Arnold publicó sus fotografías, que hacían parecer las de su tío como instantáneas tomadas con una cámara barata. A la sombra de la rojiza *Blutbuche,* Tilo y Bárbara se mostraron de acuerdo en que aquel vuelo había sido en todos los aspectos bastante más afortunado que el de Claus. La pequeña avioneta de cuatro plazas, recordó el barón a su esposa, salió de Surrey en el que se conocía en Estados Unidos como el Día del Armisticio; el Domingo del Recuerdo en el Reino Unido, y Jahrestag des Waffenstillstandes en Alemania: el acontecimiento que tanto amargara al abuelo Gustav que por ello llegó a rearmar en secreto a la patria, hizo enrolar a sus hijos en los *Gruppen* para militares nazis, y llevó la dinastía al borde de la extinción. Un Churchill y un Krupp en la cabina de un mismo avión, manifestó Tilo, demostraba que Europa había dicho adiós a todo eso.

Bárbara, ocupada con su bordado, no indicó que si bien Arnold era miembro de la familia, no era un verdadero Krupp. Poseía el *Geist* de Alfried, era un jefe nato, y el joven más varonil de la descendencia. De haber sido Claus el hijo mayor de Bertha, Arnold se habría convertido en el futuro Konzernherr, a su nacimiento. Pero el heredero era en realidad el hijo de Alfried. Y Arndt Friedrich Alfried von Bohlen und Halbach, según pudo demostrarse, fue todo lo contrario de lo que era su primo.

El actual (y según todos los indicios, el último) heredero de la dinastía consideraba todas las ciudades como lugares repugnantes, y hasta que se aficionó a Río de Janeiro, tuvo a París como el lugar menos odioso de todos, y la triste historia de su vida peculiar queda resumida en un proverbio parisiense: *L'adversité fait l'homme, et le bonheur les monstres* (la adversidad hace hombres, y la felicidad hace monstruos). De todos modos, debemos ser justos; el carácter del *wahrscheinlicher Erbe des Etablissements* —entonces sólo un nombre para los 125.000 Kruppianer que confiados esperaban que reinase un día sobre ellos—, debe ser juzgado a la luz de las circunstancias concurrentes en la parte media del siglo XX. A semejanza de todos los niños varones destinados un día a gobernar *der Hügel* y el Krupp Reich de Essen, Arndt creció en una Europa que habían alterado los acontecimientos, aunque el continente sufriera unos cambios que habían hecho de los años juveniles de su padre una época relativamente tranquila. El abismo que existía entre el 24 de enero de 1938, cuando el hijo de Alfried llegó al mundo, y el 20 de noviembre de 1961, cuando distinguidos funcionarios de levita y pantalones listados se inclinaron por vez primera ante su futuro soberano, era enorme.

Debe considerarse la vida turbulenta que llevó, en un mundo del que, hastiado, se retraía lentamente. Arndt nació el mismo año del *Anschluss*, en Charlottemburg, un suburbio elegante de Berlín, entonces la capital de la mayor potencia militar del mundo. Cinco meses antes de cumplir los dos años, comenzó la apocalipsis, y sus primeros recuerdos son de vistosos uniformes, bandas militares, y *Sieg Heils*. Entonces era muy pequeño para darse cuenta de las cosas, pero podía comprender el estado de ánimo de los mayores, y la muerte de dos tíos suyos en el campo de batalla resultó muy dolorosa. Cuando contaba cuatro años, su padre se divorció de su madre para complacer a los abuelos paternos, y Anneliese se lo llevó con ella a la elegante finca que daba al Tegernsee. A los siete, el futuro Krupp se dio cuenta de que todos los parientes varones eran o bien prisioneros, o fugitivos o locos. A los diez, cuando leía el *Abendzeitung*, de Munich, se enteró de que tres eminentes jueces habían condenado a su padre por lamentables delitos, sentenciándole a la pena de cárcel como criminal de guerra destacado, y confiscándole todas sus propiedades, las que iban a ser un día de Arndt. Anneliese le consoló diciéndole que el verdadero criminal había sido su abuelo paterno, pero eso no resultaba un gran alivio.

Algunos años más tarde Alfried fue liberado, y su fortuna le fue restituida. Ahora la patria aclamó a Alfried como a un gran hombre, si bien los méritos que había hecho no estaban muy claros. Según parece, tenían algo que ver con un hombre rarísimo, que trató de conquistar el mundo, fracasó, y ordenó que todo el país fuera destruido, luego de lo cual se suicidó con su mujer, con la que se había casado unas horas antes; por fin, como último deseo, fue rociado con gasolina y ardió en medio de una hoguera. Fuese quien fuere, se le exaltaba como prototipo de la virilidad germana.

Una vez que el padre de Arndt fue perdonado, la perplejidad del muchacho siguió en aumento. Al año siguiente le confirmaron en la iglesia *evangeliche* cercana al castillo familiar, el cual estaba separado por un bosque de una ciudad de la que era dueño su padre, según parecía. Por las condiciones del divorcio, Alfried y Anneliese convinieron en compartir la custodia del joven. Esto demostró ser una solución poco práctica. Durante la niñez de Arndt, su padre se hallaba a menudo ausente en países que había conquistado la invencible Wehrmacht, y que habitaban

gentes inferiores; más tarde Alfried estuvo en la cárcel, y luego volvió a viajar al extranjero. Cuando padre e hijo podían pasar unos pocos días juntos en Villa Hügel, el pequeño advertía que en Essen a su madre, a la que idolatraban, la llamaban la *Bardame.* Ello le hizo sentir disgusto por el Ruhr. Notó que su padre se hallaba demasiado ocupado con su trabajo, y que con su madre estaba mejor. En Tegrnesee había más alegría, y entre los invitados se contaba Mady Rahl, la voluptuosa rubia que fuera favorita en la corte de Hitler, y que era muy amiga de Anneliese. Sin embargo, diez años después de terminada la guerra, la madre y el hijo pasaban cada vez menos tiempo en Alemania. Alquilaban un apartamento en Copacabana todo el año, con el fin de asegurarse alojamiento durante el carnaval de Río de Janeiro. En primavera iban a Beirut, luego a la Costa Azul, y después al interior del Brasil, donde Arndt terminó por comprarse su propia hacienda, con un aeropuerto privado para recibir las visitas. Sus apariciones en Essen se limitaban principalmente al *Jubiläum* anual de Alfried (18).

Durante el 150.° aniversario de Krupp, mientras observaba fríamente al servil directorio, Arndt habló ligeramente de Alfried y Beitz llamándoles V-1 y V-2 (es decir, «Vater-1» [padre 1] y «Vater-2»). El rasgo de ingenio fue mal acogido en Inglaterra y Bélgica, donde millares de personas habían muerto a consecuencia de aquellas bombas voladoras —sólo en Amberes se contaron 3.470 cadáveres—, y donde sabían que la letra V significaba realmente *Vergeltungswaffen* (armas de venganza). Pero Arndt no obró con malicia. La familia consideraba que si Arnold resultaba muy hombre, también podía serlo su primo, ya que ambos eran componentes de la misma generación y habían sufrido parecidas desdichas. Pero el paralelo no era exacto. Arnold no fue nunca confirmado en una ceremonia de la que su madre fue excluida y sustituida por Vera, una forastera provocativa. Tampoco habría comprendido Arnold el desagradable asunto del divorcio de Vera, y el grotesco funeral doble de Bertha y Gustav (19).

En un aparte de la celebración del 150.° aniversario, el anciano Theodor Heuss, que cuando tenía diecisiete años había conocido a Fritz Krupp, se refirió a los modernos cuadros que colgaban en las paredes de Villa Hügel, preguntándose qué habría dicho Fritz de haberlos visto. El mismo agregó que el abuelo de Alfried se habría encogido de hombros, murmurando: «*Immerhin: Krupp!*» (Bueno, de todos modos, es Krupp) (20). Esa era la actitud corriente del biznieto de Fritz. Arndt era un Krupp, o lo sería un día, y después de Alfred, ningún único propietario podía ser tildado de resultar demasiado excéntrico. Sin embargo, el heredero de Alfried comenzaba a revelar una peculiaridad que nunca apareciera hasta entonces en el linaje; se trataba de una total indiferencia hacia el futuro del Konzern, una ceguera voluntaria por el esplendor del apellido familiar. Resultaba inconcebible que un hombre que había sido preparado para el día en que muriera el rey, se mostrase tan despreocupado por el destino de la dinastía. Si era así, razonaban los que le conocían, es porque trataba de superar su embrollado pasado. *Immerhin: Krupp,* ésa era la explicación invariable, la amplia sombrilla que amparaba la conducta de Arndt Friedrich Alfried von Bohlen und Halbach, *der wahrscheinliche Erbe des Etablissements.*

Al dar a su hijo el nombre de su abuelo, de sí mismo y del misterioso forastero que llegó al Ruhr en el siglo XVI y fundó la dinastía, Alfried Krupp descubrió su juego. Las ambiciones que reservaba para su vástago no reconocían límites. El propio Alfried había superado al Gran Krupp, pero el tocayo y undécimo descendiente del primer Arndt iba a empequeñecer toda otra hazaña familiar. Al recordar la dura disciplina impuesta

por Gustav, el Konzernherr proyectó una educación más liberal para su hijo. Incluso le regaló un coche de carreras de alto precio, cuando el joven obtuvo su diploma en el Liceum Alpinum, un pensionado suizo cercano a Zuoz al que asistiera Harald durante sus períodos de enfermedad, a comienzos de los años treinta. El 13 de marzo de 1959, seis semanas después de rechazar el pacto de Mehlem, Alfried anunció con orgullo a los periodistas: «Esta noche me marcho con mi hijo al Japón». Viajando en dos reactores distintos, regresaron de Tokio haciendo escala en Irán, Marruecos, España, y un yacimiento de mineral situado en las orillas del río Kwai, para investigar, según los boletines diarios del Haptverwaltungsgebäude, las perspectivas industriales. El viaje era el primero de negocios que realizaba el heredero. Unos folletos del Konzern, señalaban que después de aterrizar en la Bundesrepublik, el joven se dirigió en su coche a la Selva Negra para inscribirse en la Universidad de Friburgo, donde, como «hijo único de Alfried Krupp», pensaba graduarse en ciencias económicas (21).

Su carrera académica fue bastante más complicada de lo que se dice en los folletos. Evidentemente era un joven brillante; al entrar en Friburgo ya hablaba seis idiomas con fluidez. Pero al ingresar en Zuoz tenía veinte años, el alumno de más edad de su promoción. Parte de sus dificultades se debieron a la guerra. De pequeño tuvo que ir de clase en clase, terminando su educación en primaria en la Landschulheim Stein an der Traun, de Baviera. La asistencia a clase de los europeos de su edad se veía obstaculizada primeramente por la falta de medios de comunicación. Pero el inconveniente mayor de Arndt comenzó una vez que el continente se hubo asentado. Su carrera universitaria duró justamente dos semestres. Ni siquiera llegó a examinarse de una asignatura. Los parientes hablaron evasivamente de dificultades en los estudios, ya que tenía que viajar con frecuencia para *die Firma,* y algunos de los cursos más importantes sobre negocios no se daban en Friburgo. Lo cierto es que el joven iba a la deriva. Durante un período de cuatro años se inscribió sucesivamente en las universidades de Munich, Bonn y Colonia. Su padre se hizo el desentendido ante estos hechos, asegurando que el perezoso estudiante se hallaba bien dotado para asumir sus futuras responsabilidades, debido a que no guardaba recuerdos del kaiser o del Führer, y a que sólo conocía el país reformado; y eso lo comprendían muy bien los Kruppianer: «*Die Leute sprechen von jungen Krupp, und nicht von jungen Bohlen und Halbach*» (La gente habla del joven Krupp, y no del joven Bohlen und Halbach) (22).

Pero lo cierto es que los Kruppianer no comprendían. Hablaban cada vez menos de Arndt, ya que el conocimiento que éste tenía de ellos y de su país era menor que el de los corresponsales extranjeros acreditados en Bonn, pues al menos ellos vivían en Alemania, mientras que Arndt y su *Sportwagen* especialmente preparado, sólo se veían en los Jubileos anuales de Alfried, en el ciento cincuenta aniversario, y en la escarpada comarca que rodeaba la finca cercana a Rottach-Egern, en la Alta Baviera, adonde él y Anneliese volvían anualmente para tomarse unas vacaciones de dos meses en la patria. La madre y el hijo pasaban mucho más tiempo en Brasil.

Como era imposible acallar los rumores de sus desplazamientos, los visitantes del pabellón de Krupp en Hanover se enteraron por el comentarista de la película documental *Compo Limbo* que el heredero «estaba realizando allí un largo aprendizaje, según la costumbre de Krupp». Dicho esto mientras en la pantalla se exhibía la febril actividad de las fundiciones brasileñas de Alfried, parecía indicar que Arndt se hallaba en algún lugar de los alrededores, supervisando la elaboración de algún monstruo-

so lingote. No era así ni mucho menos, pues el joven languidecía en su finca situada al sur de Río de Janeiro. De haberse probado un nuevo *Gran Bertha* en Campo Limbo, Arndt no habría podido honrarle, pues se hallaba demasiado lejos, incluso para oír el disparo de la pieza. Contando su aeródromo privado, el parque al estilo Versalles, las caballerizas —las más amplias del Brasil—, y los alojamientos para ciento ochenta criados, incluidos una veintena de jardineros, la hacienda de Arndt cubría cuarenta y tres millas cuadradas, ocho veces la superficie que ocupa la isla de Capri (23).

Beitz, su V-2, aseguraba que Arndt «se considera como un propietario, igual que su padre». Eran meras palabras del plenipotenciario general; las bombas V-2, como se recordará, hacían mucho más ruido que las V-1. Alfried llegó a sentirse molesto ante la jocosa identificación de que su hijo le hacía objeto con la menos leal de las *Wunderwaffen* del Führer (el 17 de junio de 1944, una V-1, volviéndose repentinamente en su trayectoria, estuvo a punto de acertar en el bunker de Hitler), y después del viaje al Japón, Krupp se encerró en el mutismo, dejando de hacer comentarios acerca de la singular conducta de su hijo.

Otros miembros de la familia decidieron seguir el ejemplo de Alfried. Uno de ellos dijo a este autor, al referirse a Arndt: «Produce una impresión afectuosa», luego de lo cual cambió rápidamente de tema. Otro dijo con aire vacilante: «Es un joven agradable, pero resulta aún muy temprano para decir cómo saldrá». Por entonces, Beitz adoptó la costumbre de abordar a los trabajadores que encontraba, preguntándoles bruscamente: «¿Qué edad tiene usted? ¿Treinta años? Entonces, ¿cuándo va a empezar a hacer algo en la vida?» Harald, por su parte, describió a su sobrino como «simpático, enfático y con buena comprensión de los demás». Le preguntaron qué aficiones tenía Arndt, y tras una larga pausa repuso: «La heráldica» (24).

A la misma pregunta, el propio Arndt contestó «La agronomía», cuando le entrevistaron en la finca de Rottach-Egern, el 31 de mayo de 1967. Explicó que proyectaba «establecer una empresa agrícola modelo en Sudamérica». Es que aquel miércoles el joven se batía decididamente a la defensiva, reaccionando ante las acusaciones de los periodistas de que llevaba una vida de *playboy*. En tal ocasión manifestó: «Como los Krupp sabemos muy bien por amarga experiencia, el dinero no hace siempre la felicidad. De pronto me he visto expuesto a la opinión pública, igual que Jacqueline Kennedy o la princesa Soraya. Sin embargo, debo señalar que nunca me he considerado como un foco del interés público, por no ser una desdichada viuda, ni una emperatriz depuesta. Tampoco soy una persona infeliz». Lo cierto es que, aceptando un criterio bávaro, «Arndt es fatuo como un pavo real», lo cual suministra la explicación más razonable de que se mostrase rápidamente dispuesto a conceder una entrevista a la Prensa, cuando según él procuraba evitar la notoriedad (25).

Ante esta fase de exhibicionismo del heredero, resultan tanto más notables sus anteriores años de anonimato, lo que cabe achacar en parte al deseo de los periodistas alemanes de proteger la reputación de la familia. Su misma existencia fue tan desconocida para la mayor parte de los alemanes, como lo había sido la de Eva Braun, a lo largo de sus doce años de ser amante de Hitler. A pesar de sus manifestaciones, Arndt gozaba luego con su papel de personaje célebre, en lo que le ayudaba su apariencia física, pues es un hombre de aspecto delicado, casi hermoso, que disfrutaba acompañando a jóvenes estrellas —o las ya consagradas, como Gina Lollobrigida— a las salas de fiestas, por más que ninguna de esas relaciones terminó en un romance. Habitualmente, todas las amistades que viajaban con él hasta Brasil eran hombres.

En una ocasión, un centenar de muchachas alemanas fueron interrogadas por una agencia encargada de elegir una compañera para Arndt durante unas vacaciones en París. Era como elegir a Fräulein Deutschland, y la ganadora, una modelo de Munich llamada Eva Gassner, informó más tarde que su único recuerdo del viaje era el juego de pendientes que había diseñado para ella su acompañante. El obsequio era más revelador de lo que creía la muchacha, ya que la verdadera afición del heredero no era la heráldica, ni la agronomía, ni, como señaló desesperadamente durante su entrevista de Rottach-Eger, criar «cerdos, arroz, productos lácteos, miel y aves» (26), sino hacer diseños de joyería que eran ejecutados más tarde por artesanos franceses. La mayor parte de las piezas obtenidas fueron obsequiadas a su madre, cuya colección se convirtió en la única fuente de diversión de Anneliese.

Justamente la primera y breve aparición de Arndt ante los periódicos alemanes tuvo lugar en compañía de su madre, cuando él la acompañó al festival de Bayreuth en 1956. Al año siguiente se informaba que Arndt le regaló un perro cocker spaniel llamado «Regina», como obsequio de cumpleaños. Un año después fue mencionado como «asiduo compañero» de Mady Rahl —la ex actriz en decadencia doblaba en edad a Arndt—, y tras su graduación en Zuoz se le identificó como asistente a una fiesta del príncipe Joachim Fürstenberg, celebrada en el Bayrische Hof. El autor de esta trivial noticia era Hannes Obermaier, del *Abendzeitung*, de Munich, uno de los pocos periodistas alemanes que no se mostraban intimidados por el coloso de Essen. A semejanza de muchos redactores de chismes sociales, Obermaier mantenía cordiales relaciones con los hombres y mujeres cuyos nombres salpicaba con su prosa. Conocía lo suficiente a Anneliese como para visitarla a ella y Arndt en su apartamento de Copacabana, e hizo una comparación de su estancia en la hacienda brasileña, hablando de «la vida en el Viejo Sur, un "Lo que el viento se llevó" donde Arndt desempeñaba el papel de Clark Gable» (27).

Así halagado, el propietario de la plantación de Río de Janeiro se dejó crecer patillas. Otra versión de la baronesa Renata von Holszchuher no mencionaba magnolias ni banjos, y tampoco hablaba de cerdos, arroz, productos lácteos, etc., sino que afirmaba: «Nuestro querido Arndt me ofreció la más maravillosa de las cenas. Arndt es un encanto. Junto con el querido Johannes (el príncipe Thurn und Taxis), Hattie (la princesa Auersperg), y Ruppie (el príncipe de Hohenlohe) constituyen el más alegre y maravilloso grupo. Pero lo mejor de todo son nuestras reuniones a la orilla de la piscina... Debo admitir que no sólo ha valido la pena ese viaje, sino hasta el agotamiento posterior» (28). Esto, más que una atención, parece verborrea, y nadie se habría sentido más ofendido al leerlo que Alfred Krupp, cuyo mensaje a los Kruppianer, publicado a comienzos del año 1873, durante el 25.° aniversario de su instauración como único propietario, aún se cita en el Ruhr:

> *«Der Zweck der Arbeit soll das Gemeinwohl sein, dann bringt Arbeit Segen, dann ist Arbeit Gebet.»*

> «La meta del trabajo debe ser el bienestar general; el trabajo es entonces una bendición, el trabajo es entonces una plegaria.» (*) (29).

(*) Esto era parte de un párrafo de **Erlass zur 25 jährigen Wiederkerh des Tages der Besitzübernahme durch Alfred Krupp** (Decreto del 25.° aniversario de la Propiedad de Alfred Krupp). Adjunto iba un dibujo de la Stammhaus, como para colocarle marco. Algunos de estos cuadritos pueden verse en los salones íntimos de Essen, casi un siglo después de haber sido pintados.

La joven baronesa Von Holzschuher no mencionaba el trabajo, el bienestar, y menos aún las plegarias. De haberlo hecho, habrían parecido a las salmodias que sesenta años antes unos capriotas de la gruta de Fra Felice, vestidos con hábitos franciscanos, murmuraban mientras los jóvenes amantes de Fritz Krupp, ataviados sólo con las medallas de oro que había diseñado para ellos, mimaban al entonces Konzernherr. Aquellos eran ritos privados, desde luego, como también lo eran las fiestas de Arndt. Ningún periódico napolitano acusó al biznieto de Fritz de disipación. Pero ahora la languidez era más estudiada, la aburrida estética más oscura, el hastío y elegante desdén, más intensos. El torrente de palabras de la baronesa Von Holszchuher casi resultaba una regurgitación.

Antes del estallido de Capri, los aristócratas del kaiser arqueaban las cejas cuando les contaban que «durante varias semanas el doctor Schweninger ha ordenado a herr [Fritz] Krupp que se tendiera desnudo sobre el vientre, durante una hora, después de las comidas *(nach dem Essen eine Stunde auf dem Bauch liegen sollte)*, mientras que los compañeros de herr Krupp, para no aburrirse, le acompañaban en esa actividad». Pero aquélla era otra civilización. Medio siglo más tarde la gente se había acostumbrado a los actos impulsivos entre invitados alcoholizados, que ni siquiera conocían el nombre de sus parejas, a largos viajes al extranjero con hombres que tenían la esposa en cualquier otra parte, y a extraordinarias exhibiciones realizadas entre hombres y mujeres. Uno podía elegir el país que deseara, desde luego. Los abogados adoctrinaban a sus clientes acerca de los estatutos locales, si bien ciertos individuos, demasiado obsesionados para solicitar consejo profesional, cometían verdaderas ofensas. Era posible poseer una cuantiosa fortuna, pasar el invierno en Acapulco y el verano en Saint Moritz, salir fotografiado en *Stern, Paris-Match, Epoca,* y *Look,* y estar reclamado al mismo tiempo por la policía de varios países. Las barreras entre las clases sociales se mantenían, y en lo más alto la brecha se hacía cada vez más amplia (30).

Arndt F. A. von Bohlen und Halbach se hallaba en lo más alto. Mimado por una madre cariñosa, respaldado por mil millones de dólares, propietario de un avión que solía acomodar fácilmente a su Rolls-Royce hecho de encargo, y dueño de casas en Brasil, Alemania, Francia y Líbano, parecía mucho más a salvo de la Prensa que lo había estado Fritz Krupp. Pero la vanidad que albergaba se negó a dejarse dominar. Durante años el Hauptverwaltungsgebäude había tenido éxito al rogar a los directores de revistas que tuvieran en cuenta la excesiva juventud de Arndt. Pero el 24 de enero de 1967 eso ya resultaba difícil, ya que éste acababa de cumplir los treinta años. *Die Zeit, Abendzeitung,* y *Der Spiegel,* se dedicarían a observar sus menores movimientos. Era hora de aplacarse, de realizar un largo crucero en el nuevo yate que él generosamente se había regalado.

En lugar de ello, Arndt anticipó su cercana madurez llevando a cabo la mayor fiesta de cumpleaños celebrada en Alemania después de la guerra, como espléndido gesto de aprecio a sí mismo. *Abendzeitung* dedicó media página a reproducir la lista de invitados, y en su columna «Hunter notiert», Hannes Obermaier informó al día siguiente:

> «Una alteza imperial, docenas de príncipes e incontables aristócratas [*Eine kaiserliche Hocheit, mehrero königliche Hoheiten, Prinzen zu Dutzenden*], mezclados con millonarios sin corona en la gigantesca fiesta de cumpleaños de Arndt Krupp von Bohlen [*Geburtstagparty*]. Era una escena como de Humplmayr, y sin duda el más dispendioso, baile en la historia de la Firma. Todo

fue puesto a disposición de los distinguidos invitados. Hubo fantásticos adornos florales, trajes de etiqueta, y se sirvió un magnífico caviar en sus latas de un kilo [*Kaviar in Kilobüchsen*], a semejanza de las películas de Hollywood, cuando los grandes duques rusos se sientan en la mesa.» (31).

Alemania no había visto nada semejante desde que el Führer cumpliera cincuenta años el 20 de abril de 1939. Lanzó un sello de correos con su efigie, recibió un telegrama de felicitación del rey Jorge VI de Inglaterra —Franklin Roosevelt no envió ninguno (*)—, y admiró su regalo preferido, que le fue hecho por *lieben* Gustav y *treuen* Alfried. Había otros invitados aquel día en Berchtesgaden, sin embargo, pues el Führer estuvo preocupado con la liquidación de Checoslovaquia, y asegurándose de que los judíos reembolsaban a las compañías de seguros arias por los entusiásticos excesos de las SS durante la *Kristallnacht*, la noche de los vidrios rotos.

Abendzeitung afirmaba, en cambio, que el hijo de Alfried no ostentaba el título, por lo que no teniendo negocios, podía a la vez jugar al anfitrión y al invitado. Considerando a los acompañantes de Arndt en aquella ocasión, uno podía imaginar que la fiesta sería algo muy de la época. Por el contrario, resultó un curioso anacronismo, un retroceso al ambiente de fin de siglo. Con su boato, sus colosales minutas y enjambres de aristocráticos comensales (uno se maravilla de que existieran aún tantos títulos), el asunto parecía más propio del hotel Bristol, en 1890, que de Humplmayr, en la década de 1960:

> «El baile propiamente dicho se inició de acuerdo con un estudiado protocolo, encabezando Arndt el cotillón junto con la ex emperatriz Soraya [*Arndt bat Ex-kaiserin Soraya un den ersten Tanz*]. Les siguió el príncipe Johannes von Thurn und Taxis, llevando como compañera a Charlotte Franzen, la esposa del dueño del restaurante.» (32).

Herr Conrad Uhl, el dueño del antiguo restaurante Bristol, pudo haber aguzado la vista y el oído sin apreciar un solo paso en falso de la concurrencia. El traje de etiqueta de los hombres que llegaban a Maximiliansplatz 16 era irreprochable, en tanto que los vestidos de las damas habían sido creados por los mejores modistas de Francia. La compañera del heredero de *die Firma*, que evolucionaba con él al compás de las notas de un vals alemán, era una de las *Weltdamen* más extraordinarias de la historia del *haut monde*. La princesa Soraya podía decirse que lo simbolizaba todo en la vida del heredero de Krupp. Hija de un persa prominente y de una alemana de Baviera, nació el mismo año en que Hitler rompió el Tratado de Versalles. Era hermosa, de ojos verdes y carácter superficial, y en el momento de la fiesta contaba treinta y un años de edad. Asidua concurrente de Cannes, Sun Valley, Central Park, West End y el Bulevar Saint-Germain, gustaba de la *dolce vita* de Via Venti Settembre, y desde luego le complacían los asuntos agrarios de Río de Janeiro. A los diecisiete años contrajo enlace con el Sha del Irán. Durante siete años compartió el trono del pavo real con su marido, satisfaciendo sus exóticos gustos gracias al petróleo del país. De pronto, en marzo de 1958, el sha la echó de su lado «por el bien del país». El

(*) **«Dieser Lumpenstaat... Räuberstaaten!»**, gritó Göering, rabioso. «¡Esa nación de villanos... ¡Ese Estado "gangster"!». (**Aufstieg und Fall**, de Shirer, 460).

ejército del Irán recibió la orden de destruir los retratos de la ex emperatriz, tanto dentro como fuera del palacio. La desdichada esposa se encogió de hombros, y murmurando «*Ins' Allah*», agregó roncamente: «Ya he llorado bastante», y se estableció en Colonia, depositando, con una indiferencia que sólo podía igualar el Nizam de Hyderabad, siete millones de dólares en joyas, en la caja de un Banco local. Era una mujer exquisita y voluptuosa, vestida por Pucci y asistida diariamente por Lilly Daché. No obstante, millones de mujeres desaprobaban su conducta. Cuando descansaban insomnes y pensaban en la vida que llevaba Soraya, muchas de ellas mordían las sábanas de su lecho, llenas de envidia (33).

Herr Uhl hubiera gozado enormemente ante la delicadeza con que Arndt y sus invitados evolucionaban trazando círculos concéntricos, y demostrando un gran respeto por las diferencias sociales que caracterizaban a la época previa a la desaparición del kaiser. Cierto es que hubo unos pocos cambios desde la guerra, pero la regla más antigua de todas aún se mantenía: la antigüedad de un linaje prevalecía sobre la resonancia de un título. Encabezando el acontecimiento se hallaban aquella noche los príncipes Rupprecht zu Hohenlohe-Langenburg y Johann Georg von Hohenzollern, y la princesa Brigitta, así como el conde y la condesa Hans-Veit Toerring-Jettenbach, y el barón Camilo von Thalhammer; en torno a ellos se encontraban una multitud de condes y barones, un par británico y numerosos cónsules. De vez en cuando se veía a la baronesa von Holzschuher, y hacia el exterior de los grupos, como un fantasma que hubiera salido de las paredes de raso blanco del Kroll Opernhaus de Berlín, abierto treinta años antes, se encontraba la rubia oxigenada Mady Rahl, que aún se mantenía fiel a su residencia de Wiedermayerstrasse 23, a su título de socia del Tanz-und Theaterausbildung, y a su artículo de cinco líneas relativo a ella, en el *Wer ist Wer?* Mady no era el último nombre de la lista. Hallarse en el final de ella era allí una forma de elegancia a la inversa, y el privilegio se reservó para María Estele Kubitschek, la hija mayor del presidente de Brasil que hizo posible el *Staat im Staate* sudamericano de Arndt.

Un reloj dio las doce. De pronto el baile se detuvo por completo. Se produjo un silencio embarazoso.

> «Era medianoche, hora de que empezaran las felicitaciones. Pero, ¿qué podía regalarse a Creso en su cumpleaños? [*Was schenkt man einem Milliardenerben zu seinem Geburstag?*]. El príncipe Von Bayern le regaló un clavel, únicamente. Muchos de los invitados habían encargado artísticos ramos. Cuando el reloj terminó de dar las campanadas, Arndt pasó buena parte del tiempo bailando con Hildegarde Neff... Ysabel (Diamond Lil) Style había llevado su propio mayordomo, para que la sirviera exclusivamente. El príncipe Tassilo Fürstenberg anunció a una atenta multitud que su hija Ira había sido elegida para interpretar un papel cinematográfico en Roma [*dass seine Tochter Ira im April ihren esrsten Film ir Rom drehen wird*].» (34).

Obermaier advirtió la presencia de «*homosexuelle Modezeichner* [diseñadores de modas] *aus ganz Deutschland*», y otros que no eran alemanes. Un grupo procedía de Londres. En los intervalos entre los devaneos profesionales y el saborear las delicadas especialidades de la casa —«pechuga a la Sofía Loren» y «lomo a la Mustafá»— se dedicaban a cantar. Una canción se había hecho especialmente popular el otoño siguiente al nacimiento de Arndt:

For he's a jolly good fellow
For he's a jolly good fellow...

Pero el anfitrión, aunque dominaba seis lenguas, quedóse un momento desconcertado. Mientras bailaba, Arndt preguntó a fräulein Neff: «*Was ist das für ein Liedlein?*» Ella permaneció en silencio. No podía decirle lo que era aquella cancioncilla. Hildegarde era tan mundana como Arndt. Estrella del filme de posguerra *Mörder sind unter uns* (Los asesinos están entre nosotros), actuó junto con Erich von Stroheim en Hollywood y ganó recompensas en Locarno, Milán y Vichy. Sin embargo, aunque era mucho mayor que Arndt, pues había cumplido los cuarenta un mes antes, Hildegarde sólo tenía diez años cuando el honorable Arthur Neville Chamberlain «cuyo rango le habría valido una invitación para Maximiliansplatz 16, aquella noche), informó brevemente a su país que había abandonado a Checoslovaquia, con el siguiente párrafo en la BBC: «¡Qué horrible, fantástico e increíble sería que tuviéramos que cavar trincheras... aquí, debido a una pendencia en un país lejano, entre gentes que no conocemos!» (*). Para Arndt e Hildegarde, Munich era una ciudad, y nada más; una ciudad ampliamente abierta de la Bundesrepublik, celebrada por sus umbríos bancos de Leopoldstrasse, donde *lebische Fräulein* se acarician en público, atrayendo más turistas que el enorme zoológico de Munich. Si uno de los ingleses que creaban minifaldas en los talleres de modas situados detrás de Berkeley Square, hubiese regalado a Anrdt un paraguas, sin duda el heredero se habría echado a reír, y ello porque toda la vida había sido una broma para él. Pero no hubiese captado el verdadero sentido de la broma (35).

De nuevo volvió Arndt a susurrar a su encantadora compañera: «*Was ist das für ein Liedchen?*» (Para entonces le parecía que era una simple cancioncilla.) Ella movió negativamente la cabeza, se miraron extrañados, y los ingleses, que les observaban cuidadosamente, iniciaron una jocosa conferencia entre ellos. Su desconcertado anfitrión les tenía por gentes de un pueblo lejano, del que no conocía nada. Entonces los británicos dieron el control. La armonía se convirtió en cacofonía, y los ruiseñores de Berkeley Square, abandonando la canción, comenzaron a reírse estrepitosamente.

No había risas *auf dem Hügel,* ni celebración por el cumpleaños del heredero, y nadie se regocijó tampoco al ver la fotografía que apareció en la primera página de los periódicos alemanes a la mañana siguiente, mostrando al «Krupp-Sohn Arndt» luciendo, no sólo una corbata blanca, sino una cinta roja en diagonal, y colgándole del cuello una cruz militar otorgada por algún país desconocido (y seguramente subdesarrollado). Cuatro de los tíos de Arndt habían llevado el uniforme gris de la Wehrmacht, y otro el azul de la Luftwaffe de Goering. Tres murieron en acción y el cuarto estuvo prisionero diez años. Cierto era que su padre nunca se había puesto un casco de acero, pero la supervivencia de Alfried bajo los bombardeos de la RAF en 1943 y 1944 fue una indudable hazaña, y merecía bien las dos *Kriesgsverdienstkreuze* que Hitler le prendió en el pecho. Según las palabras de un diccionario biográfico internacional, Alfried casi había «mantenido él solo funcionando la colosal máquina guerrera de Adolf Hitler». Sin embargo, ni él ni sus hermanos lucieron nunca sus medallas. Ahora, su único hijo —que ya no era un muchacho—, se exhibía ante los periodistas con unas despreciables baratijas que bien pudo comprar en la sección de juguetes de los almacenes de Krupp, en

(*) Al día siguiente, el Reichspropagandaministerium de Goebbels repitió este párrafo por toda Alemania, con la noticia de que era inminente la celebración de una «**Konferenz zwischen Deutschland, Italien, Frankreich und Grossbritannien**». La niñera de Arndt lo escuchó por la radio cuando amamantaba al hijo de Alfrield, que tenía siete meses.

Essen. Era un asunto desdichado y humillante. Y más aún, resultaba un presagio (36).

Los criados de Krupp se muestran reservados acerca de algunos temas, y tienen razón al obrar así. La cantidad de cigarrillos y whisky que el Konzernherr consumió aquella larga y solitaria semana en Sylt es un asunto secreto, si bien sabemos que permaneció sentado hora tras hora él solo, escuchando grabaciones magnetofónicas de Wagner, ante ellas *Tannhäuser, Lohengrin, Die Meistersinger von Nürnberg, Tristan und Isolde,* y el más apropiado *Die Gotterdämmerung.* Financieramente su imperio era algo más inestable de lo que muchos suponían, y ahora recibía ese golpe. La gente comenzaría a hablar, y lo harían hombres solventes, a los que se escuchaba con toda atención. Uno de los amigos más cercanos de Alfried, y miembro del Directorio de la Firma, confesó a este autor: «Vi al joven Krupp durante el 150.º aniversario. Fue la primera y la última vez. Herr Alfried es un anciano, y puede ocurrir en cualquier momento». Otro dijo: «Arndt constituye un problema. Y no es sólo porque se dedique a divertirse. Si el Führer estuviera vivo se pondría furioso. Lo difícil es que el siguiente del linaje no quiere asumir el mando. El dirigir una empresa de tal magnitud exige gran dedicación, y me temo que ese *gene* no pasó a Arndt. Claro está que esto supone una gran prueba para su padre. El Konzern es para éste toda su vida» (37).

Pero la amenaza inmediata para Arndt residía en la Prensa de la Bundesrepublik. *Abendzeitung* batió a todos los demás periódicos y revistas del país. Con la total colaboración de Arndt y sus invitados, el periodista de Munich estableció los hechos básicos acerca del *Geburtstag* y el *Geburtstagsgeschenke.* No calumnió a nadie; sin embargo, traspasó la raya. El autor de «Hunter notiert» describió a Arndt como un necio indolente. Otros se preocuparon de que la enseña de Arndt permaneciese clavada en el mástil de Krupp, a fin de que todos pudieran verla, lo cual sólo podía ser catastrófico para la dinastía más eminente de la nación. Como se esperaba, el conflicto comenzó con *Der Spiegel.* Hasta entonces Rudolf Augstein, director de la revista alemana, se había dedicado a criticar a Beitz. Ya no sería así, y estaba preparando su arsenal. La publicación que había reducido la dinastía Flick a fragmentos tres años antes, por sólo una discusión familiar, no podía ignorar al hijo de Alfried. Tras un breve respiro —el director había sido encarcelado por atacar a un miembro del Gobierno de Bonn—, *Der Spiegel* descubrió de un tirón a sus lectores el hecho de que por poderoso que fuera Alfried, la dominación de Krupp en el Ruhr, tan vieja como la moderna historia europea, terminaría al morir Alfried: «Su único hijo, Arndt, que llegó hace tiempo a la madurez, ha demostrado que carece tanto de inclinación como de capacidad *(dass er nicht geneigt un kaum fähig ist)* para dirigir la Firma ahora o después». Nunca se había publicado algo semejante acerca de un príncipe heredero de los Krupp. Augstein agregó que a pesar de las extraordinarias oportunidades de Arndt en las universidades de Friburgo, Munich y Colonia, había optado por *«für die Laufbahn des Playboys»* (la carrera de los *plaboys*), y que su ocupación más seria consistía en pasear en su «Rolls-Royce» *(Seit einiger Zeit tummelt er sich mit seinem Rolls-Royce),* explorando los ambientes de la sociedad internacional. Durante una riña en un cabaret de Niza, en 1965, Arndt perdió un anillo de platino, con un solitario de catorce quilates, valorado en cuarenta mil dólares» (38).

Hasta el mismo Arndt se sintió asombrado ante la crónica, si bien por una razón diferente. Augstein había mencionado su coche y el diamante, pero omitió su yate, el *Antinoüs.* Por consiguiente, en una entrevista que tuvo lugar dos meses después, *Der Spiegel* rectificó: «Arndt ha

demostrado que no tiene inclinación ni capacidad para dirigir la empresa de su padre. Posee un "Rolls Royce" y un yate de motor». No obstante, Arndt afirmó que lo uno no tenía nada que ver con lo otro, pues conocía a un potentado que poseía varios «Rolls» y yates (pero no dijo también que existía una gran diferencia, pues al contrario que él, el potentado trabajaba para ganarse la vida). Arndt prosiguió diciendo que consideraba tales «alusiones a mi vida privada» como «sumamente carentes de tacto... sea cual sea mi forma de vida». Insistió en que «la impresión que da la Prensa, de que soy incapaz de dirigir a Krupp... es falsa. Tampoco soy un *playboy,* ni un miembro de la sociedad internacional de los reactores, como me ha descrito la Prensa social. Admito que disfruto de la vida durante mi tiempo libre, pero cuando estoy en el Brasil soy un hombre serio, que trabaja a fondo». Tampoco quería hacer creer a los alemanes que se había convertido en un sudamericano. «¿Cómo puedo negar que éste es el país donde he nacido, el país de mi familia? —manifestó apasionadamente—. Siempre tendré un *pied-àterre* en esta nación. No niego que soy europeo y alemán. Pienso volver una y otra vez, para cargar de nuevo mis pilas intelectuales» (39).

Nadie se creyó la historia. Sobre todo, los Kruppianer no miraban con simpatía que el futuro *alleinige Inhaber* tuviese afuera una reproducción de Versalles para ir a descargar sus bagajes intelectuales. No esperaban que se arrastrase por la galería de una mina, entre un grupo de Kumpel, pero al menos podía visitar más a menudo Villa Hügel y el Hauptverwaltungsgebäude. La continua ausencia de Arndt del Ruhr creó una especie de problema, ya que cualquier encuentro en público entre él y su padre atraía innumerables periodistas. Por lo tanto, si deseaban hablar del futuro del Konzern, sus reuniones debían ser furtivas y cuidadosamente proyectadas. Durante el invierno de 1962-1963, comenzaron una serie de conferencias secretas, primero en la finca de Waldtraut en la Argentina, y luego frente a las costas de Sylt, en el mar del Norte, donde el *Germania V* de Alfried fondearía a corta distancia del *Antinoüs* de Arndt.

No obstante, los periodistas se enteraron. Arndt no tuvo más remedio que creer que la Prensa le tomaba muy poco en serio. *Fortune* declaró llanamente que Arndt «no demostraba el menor talento o inclinación para convertirse en el sexto dirigente de la Firma». Por entonces, el propio heredero dejó de fingir, y dijo a un reportero, con aire cansado: «La tradición de los Krupp ha traído a mis antepasados muchas desgracias». A otro le confesó: «No soy como mi padre, que sacrificó toda su vida por algo, sin saber realmente si valía la pena». Y a un tercero: «Mi padre ha trabajado más que ha vivido. No me parezco a él, ni me pareceré». Al preguntársele por su destino, habló con toda franqueza y repuso que llevaría «*ein sorgenfreies Leben Führen*» (una vida sin preocupaciones) (40).

El más necio de los Kruppianer podía comprender perfectamente que un hombre no sería nunca al mismo tiempo epicúreo y Konzernherr. Alfried, fumando sus cigarrillos norteamericanos y tomando su whisky escocés mientras escuchaba las grabaciones de Wagner, contempló una copia de su reciente testamento. Un siglo antes, el primero de abril y en vísperas de la Exposición de París de 1868, su bisabuelo presentó personalmente su reluciente cañón de catorce pulgadas y un millar de libras de peso. Esa era el arma que había descrito con grandilocuencia al rey de Prusia, como «un monstruo que jamás ha visto el mundo», y que envió a Su Majestad como obsequio. Después de hacer arreglar el piso y reforzar la tarima debajo de su lingote de acero colado de 88.000 libras, Alfred regresó a su habitación en un hotel de París, y se puso a pensar en el futuro de la dinastía. Como Alfried un centenar de años más tarde,

sintió temor al ver acercarse la sombra de su sexagésimo cumpleaños, y consideró sin pasión el hecho inquietante de que su hijo sólo era, según las palabras de las crónicas familiares:

> ...Un pusilánime *(ein kränkelnder Knabe)*. ¿Cómo iba a soportar su débil físico tan enorme carga de responsabilidades, y dónde podría conseguir ayudantes lo bastante capaces, fieles *(so fähig, so treu)* y dedicados como para responder a la confianza del joven? Alfred se desesperaba. La idea de que estaba debilitándose, desgastándose por completo, le dominaba una vez más. Cada vez que trataba de escapar a sus problemas, éstos le ataban aún con mayor fuerza. El hombre más rico de Alemania era realmente el más mísero *(Der reichste Mann Deutschlands ist wahrlich einer der elendsten)*. Procuró librarse de sus grilletes, pero el ruido que éstos hacían le daban a entender que jamás se vería libre de ellos (41).

Uno casi llega a simpatizar con el pensativo hombre de 1967. El único heredero del Gran Alfred fue enfermizo y vacilante, pero al menos estuvo presente y cumplió con su deber. Además, ahora, mediado el siglo XX, el legado familiar —sobre todo el dinero— se mostraba bastante inseguro. Alfred hubiera comprendido lo que pasaba, pero Arndt no lo habría entendido. Tampoco muchos miembros del directorio llegaron a comprenderlo, y la comunidad financiera aún trata de descifrar el asunto. En 1967, el *Newsweek* identificó a Alfried como «el hombre más adinerado de Europa, el único propietario de 150 fábricas y minas que lanzan al mercado 3.573 productos». Pero los capitalistas también son capaces de acumular enormes deudas. En 1875, cuando todos los talleres prosperaban, Alfred se vio obligado a someterse a un interventor, y si bien consideraba el contrato que había firmado aquel 4 de abril como una capitulación, incluso tales términos habrían sido imposibles de no mediar los oficios de S.M.

Ahora, en otra primavera noventa y dos años después, Alfried Krupp se hallaba en un aprieto que empequeñecía considerablemente la crisis del fundador. Nadie en el continente podía equiparar su fortuna personal, pero al mismo tiempo era el deudor más importante de la Bundesrepublik. A pesar de su inventario de refinerías, fundiciones de acero, factorías químicas, astilleros, talleres de construcción de locomotoras, de camiones, puentes y turbinas —por no mencionar las bodegas vinícolas y los negocios múltiples en todos los países del mundo—, a pesar de todo eso, Krupp debía cerca de 700 millones de dólares. Tenía deudas en unos 263 Bancos y compañías de seguros de Alemania. Nunca se había visto algo parecido en la historia industrial. Y lo peor es que no había ningún kaiser benigno entronizado en Potsdam, aunque de haberlo tampoco hubiera importado demasiado. No había salida alguna. La escala de vientos de Beaufort marcaba fuerza doce para Alfried Krupp. La generación undécima de la dinastía, que iba a sucederle, se enfrentaba con la ruina total (42).

32

La bandera sigue al comercio

La vida de Alfried —«nunca dependió de mí» (1), afirmó éste una vez— fue una extraordinaria culminación de impulsos dinásticos, ya desde su nacimiento. Como todos los antepasados que habían llevado su nombre, se vio reflejado en la fortuna fluctuante de Alemania, y durante el agudo receso de la Bundesrepublik, cuando él tenía sesenta años, debería atravesar aquel espejo, haciendo pedazos los sueños de sus antepasados. A semejanza de Adolf Hitler, le pareció (tal vez justificadamente) que su trágico impulso se veía acelerado por los que le rodeaban. El propio hijo de Alfried había vuelto la espalda a casi todo lo que un Krupp debía venerar. Ahora Berthold Beitz, el lugarteniente al que confiaba el destino táctico de la Firma, cometía errores imperdonables, llevando a la *Haus Familie und Dynastie* a un desastre que estremecía a las capitales de todo el mundo. Eso destrozó el corazón del Konzernherr, y cuando todo terminó, el hijo frágil y el fuerte amigo permanecerían en silencio junto a la tumba del último y tal vez más grande de los Krupp.

En su nota necrológica por el reinado de cuatrocientos años de la familia, James Bell, de *Fortune,* observaría acerca del *Amerikaner* que «debido a ser un vendedor, más que un financiero con el ojo puesto en los beneficios, una considerable cantidad de sus enemigos se hallaban concentrados en la poderosa comunidad bancaria». Por un defecto de la economía europea —resultado de la crisis de 1873—, era en ese mismo grupo donde el delegado de Krupp tenía mayor necesidad de amigos. El hombre que debió haber estado junto a Krupp era Johannes Schröder. Este se había diplomado en las universidades de Friburgo, Viena y Berlín. En 1929 la República de Weimar le honró con el *Diplom-Volkswirt* (diploma del Estado en economía nacional), y durante quince años, antes de ingresar en la firma en 1938, fue aceptado como miembro del reducido círculo financiero del Ruhrgebiet. Por otra parte, Schröder estaba al corriente de lo que marchaba mal en la política Krupp-Beitz. Al escribir en el *Handelsblatt,* una vez que fue despedido por el absurdo cargo de haberse presentado por sorpresa en el Japón, Schröder señaló que en las empresas familiares...

> «...Suele haber generalmente un solo propietario, un hombre a la cabeza de la Firma [*über die Personalgesellschaften und Einzelfirmen heerscht meistens ein Kopf*]. Debe ser un técnico bien do-

tado, y un magnífico vendedor. Crea maravillosas situaciones y obtiene espléndidas ventas [*Er schafft wunderbare Betriebe und erzielt herrliche Umsätze*]. No tolera la presencia de nadie junto a él, y considera las finanzas como algo que es necesario, por desgracia, pero que nunca llegará a preocuparle debido a sus magníficas realizaciones, aunque deba buscar el dinero en el último rincón. Mezcla los préstamos con el capital, y se asombra cuando un día, a pesar de sus grandes éxitos, se encuentra haciendo equilibrios al mismo borde de la ruina.» (2).

El camuflaje de Schröder fue hábil. Hablar del propio Krupp era imposible. Por consiguiente sustituyó su nombre por el de Willi Schlieker. Como antiguo protegido de Speer, Schlieker trató de convertir sus hazañas de guerra en una fortuna. Los financieros del Ruhr, gozando en secreto, contemplaron impasibles cómo Willi daba pasos en falso, se metía en atolladeros y al final resultaba aplastado por la losa de las deudas. La víctima tenía poco más de treinta años y se había licenciado en lo que los Schlotbarone llamaban desdeñosamente «el jardín de infantes de Speer». Schröder estaba en libertad de criticarle en público, si bien, evidentemente, los lectores más responsables del *Handelsblatt* sabían que el personaje real era de mucho mayor calibre:

«Siempre comparo esta clase de dirigente económico moderno con el hombre que tiene una mente brillante y poderosos músculos, y que no se preocupa de su aparato circulatorio. Tiene aspecto sano, reluciente y sonrosado. De pronto sufre un ataque cardíaco, y se derrumba o muere [*Während er noch gesund und strahlend aussieht, wir der prötzlich, von einem Herzinfarkt betroffen und fällt krank oder tot um*]. El peligro de semejantes ataques coronarios financieros es especialmente temible en las empresas que no publican sus resúmenes de balance, ya que no están sujetas al control médico (o en este caso, público). De tal modo no se les puede advertir a tiempo.»

Al concluir la guerra, semejantes advertencias habrían sido algo imposible. «Si uno desea reconstruir, debe advertirse la diferencia entre capital y dinero. Cualquier crédito que se obtenía, era invertido sin tener en cuenta si era a corto o largo plazo. ¡La necesidad no reconoce leyes!» Una vez más: *Noth kennt kein Gebot*. Pero con el regreso de la estabilidad, las empresas fuertes debían mantener un capital líquido:

«Man muss sich über eines klar sein: Liquidität ist teuer, aber Illiquidität ist viel teurer; denn sie kostet die Existenz!»

«Hay que ser claro: La liquidez resulta cara, pero la falta de ella lo es mucho más, ¡porque puede costar la existencia de una empresa!» (3).

Schröder se dirigía, tan apasionadamente como puede hacerlo un economista, al Konzernherr. Tanto le hubiera valido romper su pluma. Alfried había sido educado para ingeniero. En cuanto a Arndt, iba a recibir una educación completa en economía, pero su dedicación a las fuentes de placer permitieron al *Amerikaner*, quien pensaba en el capital como una especie de Goldfinger, avanzar por su propio camino. Un banquero alemán, tan próximo a Alfried que prefiere no revelar su nombre, considera que el único propietario comenzó a sentir que la fortuna le volvía

la espalda «a mediados de 1966. La hoja de balance para 1965, que estuvo preparada en aquella fecha, mostraba unos beneficios alarmantes por lo bajos. ¿La razón? El descenso del precio del acero, la crisis en las minas de carbón, la baja de las ventas, la elevación de los precios». Deslizó una nota sobre su escritorio de caoba:

«Krupp Hüttenwerke
blieben ohne Gewinn.»

«Las fundiciones de acero de Krupp
no logran beneficios.»

Pero el banquero estaba diagnosticando el ataque cardíaco financiero una vez que las arterias ya habían estallado. Schröder pronosticó el desastre con cinco años de anticipación, y si bien igualmente mostró acierto en otros aspectos el verdadero punto clave pudo ser cuando Berthold Beitz, regresando en avión desde Bulgaria tras un arrollador viaje en el que superó a vendedores de Inglaterra, Japón, Italia y Francia, dijo con aire despreocupado: «¿Para qué ir a Indonesia o Bolivia, cuando Europa oriental está a un paso?» Schröder pudo haberle contestado rápidamente. En los países subdesarrollados, Bonn supervisaba los negocios durante diez años, y garantizaba el 80 por ciento de la suma invertida. Pero en cuanto el Konzern cruzó el telón de acero, la Bundesrepublik se eximió de responsabilidades fiscales, ya que se oponía a todo intercambio con el *kommunistischen Block.*

Este criterio creó una disputa importante entre Adenauer y Beitz, en mayo de 1958, cuando el lugarteniente de Alfried trató de explotar las relaciones que había hecho en Polonia durante la guerra. En este país fue acogido tan cordialmente que voló luego a Moscú... para enfrentarse con la ira de Adenauer al volver. *Der Alte,* al censurar su visita, lanzó una declaración pública desde el palacio Schaumburg, manifestando: «*Mann müsse an der nationalen Zuverlässigkeit des Herrn Beitz zwiefeln*» (Uno debe poner en duda la confianza nacional de herr Beitz) (5).

Para un negociante que simpatizara con el Este, aquello resultaba absurdo, pero el anciano y severo canciller era la roca del anticomunismo en Alemania Occidental, y el entusiasmo con que recibieron a Beitz en la otra parte de Europa le hacía sospechoso. Después de haber denunciado a Rusia, Adenauer cometió un error, en su deseo de arreglar las cosas; a pesar del alto papel desempeñado por Beitz con el Generalgouvernement Polen, de Hans Frank, durante la guerra, el Kremlin concedió a Beitz pleno poder de acción. En Varsovia, el jefe de Gobierno Josef Cyrankiewicz, demostrando no menos buena voluntad, hizo una declaración para Alemania describiendo a Beitz como «un notable emisario alemán, que durante veinte años fue un probado amigo de mi país» (6).

Eso contribuyó a mejorar notablemente la reputación plenipotenciaria general entre los rojos, pero en el Ruhr sólo sirvió para confirmar la desconfianza que le tenían los anticomunistas que recelaban del vendedor de Hamburgo desde el comienzo. El Führer no había enviado a Frank, Seyss-Inquiart y sus gentes del Gobierno General como emisarios. Nadie dijo a éstos que se ganaran amigos entre los judíos o los polacos, y los soldados alemanes que trataban bien al *Stücke* fueron acusados de traidores. Pero hasta Adenauer, que no era nazi, estaba haciendo del asunto una cuestión de patriotismo. Beitz se hallaba en un atolladero y lo sabía muy bien. En abril, por consiguiente, y por primera vez en su carrera...

«...Exhortó a su superior, Alfried Krupp, a que enviase una carta de protesta inmediatamente [*bewog seinen Arbeitgeber Alfried Krupp alsbald zu einem Protestbrief*]. El canciller terminó por capitular, y negó que hubiera empleado la frase "confianza nacional".» (7).

Detrás de aquella escaramuza había un asunto tan antiguo como la política prusiana. Careciendo de fronteras, pero dominando Europa central, el Reich nunca pudo decidir quiénes eran sus amigos. Esta indecisión llevó a dos guerras de doble frente en treinta años, y la incapacidad de Krupp para resolver la cuestión iba a tener como consecuencia su declive, ocaso y muerte.

Antes de trasladarse a Bruselas, el cargo de presidente del Mercado Común había sido desempeñado por el ministro de Asuntos Exteriores de Adenauer. Su realización más notable fue la llamada Doctrina Hallstein, bajo la cual la Bundesrepublik retiraba todo reconocimiento diplomático a cualquier país que reconociese a Alemania Oriental, con la única excepción de Rusia, esto basándose en que la URSS era una potencia de ocupación. Sin embargo, según varias generaciones de diplomáticos aliados comprendieron con desesperanza, las clases dominantes alemanas siempre tuvieron la certeza de que podían tratar mejor con los rusos que con Londres, París o Washington. En 1939, Joachim von Ribbentropp firmó un pacto de no agresión con la Unión Soviética, manifestando en privado: «Que avanzaremos militarmente hasta Moscú, y más allá, es algo indiscutible» (8). Ahora *die Firma*, por medio de su plenipotenciario general, estaba violando bajo cuerda la doctrina Hallstein, y era bien sabido que Krupp representaba a la patria. Bonn fue requerido por la OTAN, si bien altos funcionarios del Gobierno germano deseaban que la empresa «tuviera relaciones casi diplomáticas entre Alemania Occidental y los Estados satélites soviéticos de Europa oriental». Las «misiones comerciales» de Krupp en los países satélites podían servir, no sólo como medio de intercambio, sino como puestos diplomáticos encubiertos», siendo esos cargos ocupados por gentes que actuaron en la diplomacia con el Tercer Reich. Estos harían que la Doctrina Hallstein resultara algo anticuada (9).

Cierto fin de semana de mayo informaron al autor de este libro que herr Beitz no podría concederle la entrevista concertada. Se encontraba en Moscú, hablando con Nikita Kruschev acerca de política, y no de negocios. Al regresar, Beitz informó a Bonn, antes de volver a Essen. El mismo domingo el barón Von Wilmowsky fue invitado por Klaus von Bismarck, el biznieto del Canciller de Hierro, a Haus Villigst, la propiedad que el joven Bismarck poseía en el Ruhr. Bismarck, con otro grupo de amistades, mostraba vehemente oposición a la visita de Beitz a Rusia. La discusión apuntó al eterno tema del tamaño y la geopolítica de Alemania. En sus Memorias, el gran Canciller de Hierro del siglo XIX había declarado que la libertad de la política del Reich en el Este era ventajosa, ya que Berlín podía superar siempre al oso oriental. El 21 de mayo de 1864, cuando las tropas prusianas luchaban en Schleswig-Holstein, Alfred Krupp notificó orgullosamente a San Petersburgo que su firma «ahora emplea 7.000 hombres, de los cuales la mayor parte está trabajando en Rusia».

El kaiser, el general Hans von Seeckt y Adolf Hitler, el rusófogo más enconado de la historia alemana, reflejaron la ambigüedad del Kanonenkönig. Cuando dictaba a Hess en su celda de Landsberg, el Führer observó con extraña falta de pasión: «*Wäre ich selbst Franzose... so könnte und wollte auch ich nicht anders handeln, als es am Ende ein Clemenceau*

tut» (Si yo fuese francés... llevaría mis asuntos extranjeros como lo hizo Clemenceau). Más tarde, en la misma prisión, escribió que el nacional-socialismo debía estrechar la mano a los rusos:

> «Reanudamos la marcha donde la abandonó el Primer Reich, hace seiscientos años. Debemos detener la incesante emigración de *Volksdeutschen* hacia el Sur y el Oeste, para volver los ojos a las oportunidades del Este... Cuando hablamos hoy en Europa acerca de nuevos territorios, sólo podemos pensar primeramente en Rusia y los Estados dependientes que la bordean [*Wenn wir aber heute in Europa von neuem Grund und Boden reden, können wir in erster Linie nur an Russland und die ihm untertanen Randstaaten denken*].» (10).

Si bien seis millones de alemanes compraron disciplinadamente seis millones de ejemplares de *Mein Kampf*, pocos fueron lo suficientemente esforzados como para leer sus 782 minuciosas páginas. Había algunas excepciones. Alfried Krupp, por ejemplo, tuvo un ejemplar de esa biblia de su partido en la mesilla de noche hasta el día de su muerte, y Joachim Ribbentrop raramente tomaba una decisión sin consultar ciertas páginas señaladas de la misma obra. En la última semana de mayo de 1939, cuando hablaba con su embajador en Rusia, Ribbentrop redactó una cuidadosa minuta para Hitler manifestando que «ningún verdadero conflicto de intereses *(kein realer aussenpolitischer Interessengegesatz)* existe entre el Reich y la URSS... Hasta es posible llegar a afirmar que una vez resuelto el asunto germano polaco —sea cual sea la solución—, consideraremos los deseos de Rusia hasta donde fuera posible» (11).

Las notas marginales del Führer en los archivos de Ribbentrop que fueron capturados por los Aliados, muestran que el propio Hitler no se decidía al respecto. Le atraía una *détente* con Stalin, y el embajador germano en Moscú recibió instrucciones de decir a Molotov que el Reich deseaba «una reanudación de relaciones políticas normales», poniendo de manifiesto que Alemania «no tiene intenciones agresivas» hacia la URSS, lo cual, en la última primavera anterior a la guerra, era cierto. El adalid de los alemanes avanzaba y retrocedía, una y otra vez. Si Otto von Bismarck, Alfried Krupp, el kaiser, Hans von Seeckt y Adolf Hitler no habían podido solucionar la esquizofrénica actitud de la patria hacia el Este, era esperar demasiado que el problema fuera resuelto por un antiguo vendedor de champaña en 1939, o por un ex corredor de seguros veinte años más tarde (12).

Beitz creyó ver un *Stern im Osten.* Alfried Krupp llegó a administrar realmente algunas fábricas de Ucrania, y tenía más experiencia sobre la industria rusa que cualquier industrial del Ruhr; por ello, bien pudo advertir a su lugarteniente. Pero Krupp se hallaba preocupado con el problema de su hijo Arndt, y el plenipotenciario era el único hombre al mando de la empresa. En 1949, el Ruhr se volvió hacia el Este durante un pequeño período de recesión. Ocho años más tarde los negocios volvieron a aflojar y de nuevo el remedio pareció atractivo. La mayor parte de los Schlotbarone se negaron a tratar con los comunistas, pero el propio Krupp les dijo que cualquier industrial que opusiera una objeción política *(politischen Einwand)* podía iniciar los trámites de la bancarrota; que la única actitud sensata en el mundo del comercio era la «razón económica» *(wirtschaftliche Vernunft)*, que, por el momento, apuntaba hacia la estrella de Beitz. El hombre que la seguía procuraba desacreditar a sus críti-

cos con una chanza. Describiendo a los amos del Kremlin durante una recepción en Bonn, Beitz arqueó las cejas y declaró: «¡Esas gentes tienen las uñas tan limpias como nosotros!» Adenauer, a quien le hizo poca gracia la observación, repuso: «¿Por qué no se pone un clavel rojo en la solapa, herr Beitz?» Este se refirió a «tender puentes entre el Este y el Oeste», y volviéndose hacia los que le rodeaban, dijo con aire quejumbroso: «No puedo comprender esas críticas *(Ich kann diese Kritiker nicht verstehen).* ¿Hay algo de malo en estrechar la mano de un cliente que le ha comprado a uno mercancía por valor de cincuenta millones de marcos?... Yo soy un sencillo negociante. No deseo saber nada de política... Dejen que Adenauer manipule su diplomacia, y nosotros sigamos con nuestro comercio. La libre empresa no prestará demasiada atención a los puntos de vista políticos, mientras los Gobiernos cambien» *(Privatindustrie kümmert sich nicht um politische Gesichtspunkte, während die Regierungen wechseln)* (13).

En el Hauptverwaltungsgebäude tales palabras hubieran merecido una ovación; pero en el palacio Schaumburg fueron acogidas con un silencio glacial. El recuerdo de que los Gobiernos cambiaban demostraba escaso tacto, por parte de Beitz, y para sus escuchas, el que las operaciones dobles de Krupp más allá del telón de acero estuvieran en contraposición con la política extranjera de Bonn, resultaba algo carente de sentido. Por fortuna para Beitz, el propio Konzernherr se hallaba presente en aquella ocasión. Hablando serenamente, manifestó: «Nuestros objetivos comerciales en el bloque oriental están siendo juzgados desde un punto de vista político *(Unsere Geschäftsinteressen im Ostblock werden nach politischen Gesichtspunkten beurteilt*). Esto no es lógico. Nuestros intereses son exclusivamente económicos. Vendemos mercancías a las naciones del Este, no por razones políticas, sino para crear nuevos puestos para los trabajadores alemanes» *(zur Erhaltung der Arbeitsplätze, nicht aber aus politischen Beweggründen)* (14).

Alfried se estaba haciendo eco de su padre, el cual había exclamado «*Hier wird nicht politisiert!*» mientras financiaba las elecciones del terror de 1933, y no resultaba mucho más razonable que él. Pero expuso el argumento casi por tradición. Nadie del Gobierno iba a discutir con un Krupp. Después de una cortés pausa, la conversación derivó hacia asuntos triviales. No se había eximido a Beitz de su culpa, indudablemente. Se le empleó como cabeza de turco, y el sacrificio de su reputación se hizo aún más conveniente cuando transcurrió escasamente una década y el cielo se oscureció de nuevo sobre el Ruhr, ya que los cálculos erróneos de la Firma en los últimos años no se limitaron al bloque oriental. A pesar de la tasa del cinco por ciento en el carbón, los barones industriales de Pennsylvania estaban vendiendo su mineral a un precio más bajo a los alemanes en su propio país, y llenando los hornos de la Bundesrepublik con antracita de inferior calidad. Mientras tanto, por todo el mundo los frabicantes de acero experimentaban una de sus crisis periódicas prolongadas e inexplicables. La lógica habría sugerido una actitud cauta, pero los documentos demuestran que:

> «En el año fiscal de 1965, solamente, el director general invirtió 85.500.000 dólares en acciones de carbón y acero de la Firma. Al mismo tiempo, dejaba en reserva sólo 36.750.000 para la fabricación de productos y para el comercio. El director general no cerró las minas de carbón de Essen, Amalie y Helene, sumamente improductivas, hasta 1965-66 [*Erst 1965-66 liess Beitz die unrentablen Essener Zechen Amalie und Helene stillegen*].»

Además:

«En 1965 la fábrica de camiones perdió un total de cinco millones de dólares [*1965 machte die Lkw Fabrik 20 Millionen Mark Verlust*].»

Y por fin:

«Lo cierto es que un examen minucioso de las estadísticas descubre que las compañías fabriles de Krupp se hallan aún operando con números negros. Entre las que actúan con pérdidas, además de la factoría de camiones, se hallan las de carbón y acero, los astilleros establecidos en Bremen, y el Universalbau de Fried. Krupp.» (15).

Neil McInnes, de *Barron,* al comparar estas cifras con el desastroso comercio de Krupp a través del no tan impenetrable telón de acero, escribió que le daba la impresión de que «Berthold Beitz, supervendedor en Europa oriental, estaba colocando a la familia Krupp fuera del negocio» (16). Así parecía, en efecto. Y a la larga, así resultó. Sin embargo, los que culpaban a Beitz se dedicaban a leer periódicos alemanes; pocos en la patria estaban decididos a hacer que el *alleinige Inhaber* declarase. A pesar de todo, Alfried era el único propietario. Essen se hallaba arraigada en *das monarchische Prinzip,* y un monarca absoluto no puede escapar a las responsabilidades sacrificando a un vasallo inepto.

A decir verdad, mediaban circunstancias especiales. De Gaulle había echado a Alfried de los mercados europeos occidentales, vetando su plan de tomar parte en la producción del reactor supersónico de pasajeros «Concorde». De igual forma, la mayor parte de los negociantes norteamericanos ignoraron un anuncio dirigido expresamente a ellos en las revistas de Estados Unidos, que estaba encabezado con el titular «KRUPP, SIMBOLO DE LIDERAZGO EN EL PROGRESO INDUSTRIAL», y que garantizaba que «más de 110.000 empleados, unos 20.000 distribuidores y más de 150 años de experiencia permiten a Krupp abordar cualquier problema, o tarea, sin tener en cuenta su magnitud». El que esas puertas se les cerrasen en la cara, hizo que Beitz efectuase su fatal giro hacia el Este. Así lo comprendió también el canciller de la Bundesrepublik, que llegó a admitir el empleo que hacía Essen de misiones comerciales como legaciones encubiertas en los países satélites de Rusia. Del mismo modo obró el país del canciller, tan prudente en asuntos monetarios, que de acuerdo con un informe de Strauss en 1967, durante el año anterior sólo había gastado 2.800 millones de dólares en el vital campo de la investigación y el desarrollo, es decir, un 4 por ciento comparado con Estados Unidos, y un 3,2 por ciento respecto a Inglaterra (17).

Sin embargo, todos los Schlotbarone compartían esa desventaja. Lo que colocaba aparte al Konzern era su magnitud y el hecho de que su dueño se hallaba ausente a menudo. La inclinación de Alfried hacia las aventuras no se había extinguido del todo. En la primavera de 1963, cuando se hallaba enormemente preocupado en el Hauptverwaltungsgebäude, decidió emprender un viaje a Sudamérica y efectuar luego un prolongado crucero marítimo en el *Germania V,* tomando películas mientras navegaba. Los coches de carrera nunca perdieron su fascinación para él, y durante tres días al año solía aplicarse a su «Porsche 911», vestido con mono azul, observando atentamente cómo los mecánicos de Stuttgart afinaban el motor del automóvil. Nunca dejó que nadie tocara el volante del coche. «Eso sería como prestar a otro el cepillo de dientes», manifes-

taba. Sus diversiones y deportes jamás fueron de acuerdo con los de Arndt. El Konzernherr era un hombre de negocios dinámico e imaginativo. A pesar de ello, sus defectos eran considerables, sobre todo cuando confundió a Beitz con un segundo Jencke. Y su respeto por el pasado dinástico sirvió para frenar a Schröder y a los sucesores de éste (18).

Durante el gran receso de 1966-1967, Hermann Josef Abs, el banquero más importante de Alemania, pidió a los industriales de Alemania que limitasen sus nóminas de empleados, evitando los derroches. Abs era un amigo cercano de Krupp; pertenecían a la misma generación, iban a los mismos clubs, tenían amigos comunes. Como presidente de la junta de administradores de la Deutsch-Asiatische y la Frankfurt Kreditanstalt für Wiederaufbau, de Francfort, Abs se hallaba en el centro del ambiente financiero de la Bundesrepublik, y era más respetado por los barones del Ruhr que cualquier miembro del Gobierno, incluido Erhard. A pesar de todo, Krupp le rechazó. Del mismo modo, el único propietario se mostró evidentemente poco acertado cuando un directivo de la Firma le indicó que las inversiones de ésta en el ramo del carbón y el acero se tornaban peligrosas. Durante los cuatro años anteriores la empresa había gastado trescientos millones de dólares en este sector, comprendidos casi noventa millones para una nueva fundición que estaba inundando el mercado de Alemania Occidental con lingotes, en un momento en que los vendedores extranjeros estaban llevando a cabo una guerra de precios contra ellos. La lealtad de Alfried hacia sus Kumpel había convertido buena parte del Ruhr en una copia de la comarca industrializada de Gales; los prados de la campiña alemana se hallaban manchados en aquella zona con una cantidad de carbón de Krupp, que no se vendía, valorado en veintitrés millones de dólares. El directivo se guardó discretamente de señalar que el Konzernherr habría podido evitar este dilema de haberse atenido al Tratado de Mehlem. Sin embargo, aquella posibilidad nunca cruzó por la mente de Alfried (19).

Beitz sugirió que cerrasen la fábrica de locomotoras, pero Krupp movió negativamente la cabeza. «Mi bisabuelo construyó piezas para locomotoras —dijo con tono tajante—. Los beneficios son importantes, pero no pueden separarse de nuestra responsabilidad social.» Al hojear las páginas del número de aquel día del *Westdeutsche Allgemeine Zeitung*, Alfried buscó la sección encabezada *Ehemänner gesucht* (se solicitan maridos). Las clases trabajadoras son en Alemania muy directas para cortejar. Un hombre puede enumerar las cualidades de la esposa que desea, y la mujer, que anuncia con la misma frecuencia, acostumbra a especificar la profesión del marido que anhela. El largo índice de Alfried recorrió las letras menores, deteniéndose una y otra vez para señalar a Beitz las mujeres solteras o las viudas de guerra que solicitaban a Kruppianer no comprometidos. Y preferían Kruppianer, dijo a su plenipotenciario general, porque los hombres empleados con él poseían la garantía de un trabajo estable, de gratificaciones superiores a las que podía conceder cualquier programa social del Estado, y de un retiro seguro. Conocía bien la línea de montaje de locomotoras. En ella trabajaban hasta los tataranietos de Kruppianer. Poniéndose en pie, Alfried se dirigió a su cuarto de revelado, y un momento después el *Amerikaner* oyó los profundos sonidos metálicos de una pieza de Wagner, que surgían de los altavoces de la mansión. La entrevista había concluido.

A la mañana siguiente, Beitz dijo a un conocido: «Krupp se siente profundamente obligado hacia sus hombres. Algunos trabajadores representan a la quinta generación de Kruppianer —buena parte de los abuelos de sus obreros trabajaban en los talleres—, y pasaron las fatigas de la guerra y la destrucción juntos, permaneciendo fieles a él durante su pro-

longado encarcelamiento, y quedándose a su lado hasta que la empresa se recuperó. Por consiguiente, su actitud es: «No se puede vender a los Kruppianer» *(Kruppianer können nicht einfach verkauft werden)* (20).

Evidentemente, Alfried seguía siendo el único que contaba. Sin embargo, las advertencias llegaron de otras partes en términos mucho más fuertes. Abs y sus colegas presentaron a Krupp un cuadro comparativo de la producción industrial de la Bundesrepublik durante el invierno de 1966-67, con idénticos meses del invierno anterior: octubre, menos 9 por ciento; diciembre, 1,8 por ciento; enero, 4,1 por ciento; febrero, 4,6 por ciento; marzo, 7,4 por ciento. Los especialistas económicos de Bonn preveían el panorama como muy sombrío. Alfried se negó a hacerles caso, tildándolos de gentes demasiado imaginativas (21).

Pero ahora los videntes no se limitaban a artículos en la Prensa. Los sucesores de Schröder en la sección de contabilidad de la Firma se encontraron en una posición imposible. Otras grandes firmas estaban acumulando capital mediante emisión de nuevas acciones. El único propietario, en cambio, seguía fiándose en su fortuna personal y en los créditos de los Bancos. Pero en Alemania, durante aquella época, esos créditos iban restringiéndose cada vez más. No había un kaiser que reinase en la capital, acariciando el pico de su casco. En lugar de ello, el nuevo ministro de Economía de Bonn, Karl Schiller (que prefirió bautizar como *Talfahrt* el *Wirtschaftswunder*) era un socialdemócrata y un firme creyente en la mediación del Estado.

En cuanto a Campo Limbo, hasta el conde Klaus Ahlefeldt-Lauruiz se hallaba preocupado por su situación. El Gobierno brasileño era demasiado inestable para su gusto, e insistió que resultaba muy peligroso «tener todos los huevos en un solo cesto» *(alles auf eine Karte setzen)*. Krupp repuso vivamente que en el último encuentro entre el *Germania V* y el *Antinoüs*, su hijo le había informado acerca de los enormes progresos realizados en Brasil. Claro que Krupp no dijo cuándo había visitado Arndt por última vez las fundiciones de *die Firma* en Sudamérica (22).

Después de esto, Alfried se marchó a realizar un safari en Africa, concediendo a Beitz plenos poderes. Para entonces los corresponsales comenzaban a hacer preguntas embarazosas. Inquirían al Hauptverwaltungsgebäude sobre el extraño caso de que siendo Fried. Krupp una de las mayores firmas del mundo, que hacía 1.300 millones en operaciones anualmente, su único propietario estuviera cazando elefantes cuando la situación se hacía delicada. El *Times*, de Nueva York, recibió la advertencia de sus oficinas de Bonn, de que debían esperarse malas noticias de Essen, y el representante de *Fortune*, haciéndose eco del sentimiento alemán, telegrafió a su central comunicando que «algunos expertos del Ruhr consideran que Krupp perdió la ocasión de su vida cuando no se deshizo de sus acciones del carbón y el acero, como había convenido con los norteamericanos, ingleses y franceses, catorce años antes... Krupp retuvo sus propiedades, y la parte correspondiente al carbón y el acero de sus negocios sumaban la mitad de sus doce millones y medio de dólares de pérdidas en 1966» (23).

Krupp fue acusado de crímenes de guerra, de instintos sanguinarios y de ser un nazi impenitente, pero nunca le tildaron de deslealtad hacia la dinastía. Al aproximarse su sexagésimo cumpleaños, seguía poseyendo una de las mentes más capacitadas en las finanzas internacionales, y el mausoleo grotesco del Gran Krupp seguía siendo su venerada reliquia. Cinco años antes había abandonado todas las ilusiones que pudo tener hacia Arndt. Según admitió más tarde el entonces heredero, en su finca de

Baviera, acordó renunciar al apellido de Krupp «después de que mi padre me propuso considerar este paso». Arndt añadió: «Desde hace bastante tiempo sé lo que los Ford hicieron con su empresa, y siempre he admirado su decisión». La complaciese o no, lo cierto es que estaba al corriente de ella; Alfried le había aleccionado convenientemente en tal sentido.

Durante el invierno de 1962-63, Krupp envió a Beitz para que se entrevistase con McCloy en el elegante despacho de éste, situado en el número 1 de Chase Manhattan Plaza, y que daba hacia el East River de la gran isla neoyorquina. El antiguo *Hoher Kommissar* y el convicto que había perdonado se movían en los mismos círculos. Las fundaciones eran casi desconocidas en Alemania —la ley no las alentaba—, y la Firma necesitaba consejo sobre la mejor manera de establecer una. McCloy envió a Beitz a ver a Shepard Stone, un consejero especial durante la ocupación, y ahora miembro del personal de la fundación Ford. Más tarde Beitz consultó brevemente con Robert F. Kennedy en Washington (24).

Der Amerikaner resulta un hombre fácil de seguir. Un corresponsal del *Sunday Telegraph,* de Londres, localizó su dinámica silueta y envió un despacho con el titular «NUBES FINANCIERAS SOBRE EL IMPERIO DE KRUPP». Los periodistas se agolparon a las puertas de cada reunión del directorio de la empresa, con las plumas preparadas. En noviembre de 1965 un corresponsal de la Reuter redactó el primer artículo sobre el Hütten und Bergwerke Rheinhausen, de Düsseldorf. A las órdenes de Alfried, la compañía de accionistas celebró una sesión extraordinaria con el Bochumer Verein. La nueva compañía se llamaría Fried Krupp Hüttenwerke A. G.; iba a constituir el primer paso hacia la Fundación Krupp.

El 10 de diciembre los directores de la Bochumer Verein, siguiendo órdenes de Hügel, acordaron que las dos empresas de carbón y acero de Krupp se fusionaran. La mayor compañía que un hombre tuvo como propiedad personal, daba de este modo un paso gigante hacia el siglo XX. Pero se exigía algo más que unas pocas entrevistas. El imperio era tan enorme, y las conexiones legales tan complejas, que los consejeros de Krupp le dijeron que necesitarían otros veinte meses para solucionar el asunto. Con suerte se podría concluir hacia el verano de 1967. Alfried se mostró de acuerdo con la fecha tope (25).

Más bien debió haberles incitado a hacerlo más aprisa, pero la maniobra tampoco era sencilla para él. Alfried estaba decidido a permanecer fiel a las consignas del Gran Alfred; había examinado las cartas del *Urgrossvater,* y era difícil reconciliar los distintos consejos que se daban. En algunas ocasiones éstos resultaban confortadores. Durante la crisis política de 1848, cuando los debates de la Asamblea Constituyente Prusiana se hacían más radicales, el indomable espantapájaros había escrito a dos hombres de negocios franceses: «¿Quién no sufre con la presente situación? Debemos procurar mantenernos con la cabeza sobre el agua». Otras veces, por el contrario, el consejo de Alfred era inquietante. Aunque las fundaciones europeas habían sido ya creadas por los benedictinos en el siglo VI, resultaban desconocidas para los capitalistas del siglo XX, y *der Grosse Krupp* nunca les prestó demasiada atención. Como en el caso de las sociedades anónimas de accionistas, su antagonismo se debía principalmente a su anhelo fanático de mantener en secreto sus actividades, y en una fundación no podía haber *alleinige Inhaber*. Así pues, ya en el Domingo de Resurrección de 1857 escribió a Carl Meyer:

> «Los secretos son nuestro capital [*Die Geheimnisse sind unser Kapital*]. Y el capital se derrocha en cuanto pasa a ser del conocimiento público. Los negocios, en estos tiempos, están plagados de...

parásitos que se muestran dichosos cuando logran aprovecharse de cualquier cosa que puedan conseguir, y cuando exprimen a hombres de talento, a fin de llenarse los bolsillos y arrellanarse en sus sillones acolchados.»

La mayor fuerza del Konzern, según sus propias declaraciones, residía en que «no tenemos accionistas que aguarden por nuestros dividendos», y evidentemente su biznieto no podía desheredar a Arndt sin sacrificar eso. A pesar de todo había que hacerlo (26).

Alfried no tenía otra posibilidad de elección. De todas las máximas del bisabuelo, una, enunciada en la víspera de Sedán, superaba a las demás:

> «Cuento con el espíritu nacional de todo hombre cuyo deber le lleva junto al torno, el que sólo pensará en la crisis del país [*dass er nichts Anderes bedenke, als den möglichen Nothfall*] y en el posible valor de nuestra Firma, que, evidentemente, puede ahora resultar inapreciable para el Estado.» (27).

Krupp había sido siempre una institución nacional, y no una máquina de obtener beneficios. En toda ocasión en que el Reich necesitó a la familia, ésta se mostró dispuesta a dar su ayuda, y como el último de su línea familiar, Alfried decidió que tenía el deber de hacer algo más, algo realmente grande, por Alemania.

Entre los motivos que reaparecían en la historia de los tres Reich, estaba la *Wiedervereinigung*, la reunificación. No tenía nada de raro la encubierta política hacia el bloque oriental que preconizaba la Bundesrepublik, y que había iniciado el Hauptverwaltungsgebäude, para ser adoptada posteriormente por Bonn. Una vez que el golpe de la derrota fue atenuando sus efectos, Alemania no tuvo más anhelo que el de volver a unirse con las tierras perdidas del Este. Los aliados occidentales no podían suministrar ayuda en tal sentido. Pero en diferentes formas, Bismarck y Alfred Krupp habían mostrado el camino, y Berthold Beitz, tan indiferente hacia la economía de Johannes Schröder como el Canciller de Hierro lo había sido con las voces plañideras de Prusia, estaba decidido a seguir el fulgor luminoso que le atraía hacia el horizonte oriental.

En 1958 incrementó los negocios de la Firma con el bloque del Este en diez millones de dólares. Moscú era su cliente más asiduo. Anastas Mikoyan, que volvía a entrar en los archivos de Krupp por vez primera desde su encuentro con el barón Wilmowsky, treinta años antes en las estepas de Ucrania, se trasladó a la Bundesrepublik y se entrevistó con Beitz directamente. Recordó al plenipotenciario general que Kruschev había declarado al mundo que la Unión Soviética llegaría a superar la producción norteamericana. Eso era posible, continuó diciendo en alemán, «siempre que nos beneficiemos del consejo tecnológico del Occidente. Los artículos de Krupp tienen un gran nombre en Rusia; y el negociante astuto siempre tiene dos planchas sobre el fuego» *(Krupp-Waren haben einen grossen Ruf bei unserem Volk. Und ein geschickter Geschäftsmann hat immer zwei Eisen im Feuer)* (28).

El *rapprochement* comenzó con un pago inicial de 2.702.702 rublos en oro, y el anuncio por el propio presidente de que «la Unión Soviética ha mantenido buenas relaciones comerciales con la firma Krupp de Essen, en el pasado». Si esta asombrosa manifestación se refería al desdichado asunto del trigo del barón, o a la batalla de Kursk, es algo que no se

pudo poner en claro. Lo importante era que rublos y copecs afluían ahora hacia el Oeste, y que Kruschev, a semejanza de Alejandro II, compartía su vodka con los alemanes. La primera visita de Beitz al Kremlin fue un enorme éxito, y aquél habló de sus ayudantes llamándoles *«meine Sputnike, Moll un Wrede»*, le obsequiaron con una enorme pieza de caza (en Hügel hubo gemidos de los familiares que aún alentaban la esperanza de que les devolvieran el pabellón de caza de Sayneck), y recibió un afectuoso *«Da swidanija, Gospodin Beitz»* de bienvenida (29).

Kruschev hizo eliminar en seguida el nombre de Krupp de la lista de criminales de guerra, y ordenó que se pusiera fin inmediato a todas las denuncias contra él. Por desgracia para la imagen de la dinastía en el este europeo, Kruschev era un comunista característico, desprovisto de genialidad, y ninguna de las experiencias eslavas podían inducirle a sentir optimismo acerca de Krupp. Además, la burocracia rusa no había cambiado esencialmente desde los Romanoff, por lo que parece dudoso que las instrucciones de Kruschev fueran oídas más allá del sombrío pasillo que había delante de su despacho. Los cartelones pegados en las paredes de Leipzig seguían identificando a los traficantes de la guerra en el mundo, como a WALLSTREET, ROCKEFELLER UND KRUPP. En realidad, tales letreros fueron eliminados apresuradamente en marzo de 1959, cuando Kruschev llegó desde Moscú para inaugurar la reapertura de la exposición de Krupp, en cuya oportunidad aceptó un aparato de acero inoxidable adornado con los *dei Ringe*. El capitoste soviético «lamentó no poder saludar al propio herr Alfried Krupp», bebió unas copas de coñac por «la continua prosperidad y el engrandecimiento de la compañía» y envió sus «deseos personales más afectuosos a herr Krupp» (30).

Kruschev pudo convencer a los dirigentes del bloque oriental para que colocaran los carteles adecuados en la feria comercial de la Deutsche Demokratische Republik, pero no pudo llegar hasta todos los sectores, y así, un dorado día de junio, cuando ya se habían dado las instrucciones, este autor, al pasar por la Unter den Linden de Berlín Oriental, encontró un gran despliegue de fotografías de Krupp en el vestíbulo del Museo de Historia Germana. Una de las leyendas decía: *«Alfried Krupp auf der Anklagebank»*. En la fotografía podía verse a Krupp sentado en el banquillo de Nuremberg; sin embargo, un diestro dibujante había transformado los cascos de los guardias, de norteamericanos en rusos, al tiempo que aclaraban la oscura tez de los soldados negros. El texto adjunto explicaba que Alfried, condenado como criminal de guerra por la URSS, había sido indultado por el capitalista de Wall Street, John J. McCloy. Terminaban diciendo: «Entre los años 1946 y 1948, fueron sentenciados los criminales. Más tarde les liberaron las potencias occidentales, y en seguida asumieron importantes puestos en el régimen de la zona occidental» *(Die meisten von ihnen nahmen bald wieder beherrschende Positionen im Westzonen-Regime ein)*. Otro decía *Geschützproduktion*, producción de cañones, y mostraba el acabado de una pieza de calibre 10,5. Más abajo, podía leerse: «A pesar del ansia de compras del capital germano, la firma Krupp sigue siendo el sector más reaccionario de la industria alemana» (31).

Lo más cómico era una fotografía de Tilo von Wilmowsky examinando un macizo de flores, lo que explicaban del siguiente modo:

> *«Während der Hitler Ära war der Krupp Konzern durch Krupp von Bohlen und Halbach und dessen Schwager Tilo Freiherr von Wilmowsky im Verwaltungsrat der Reichbahn, dem grossen staatlichen Betriebe, vertreten.»*

«Durante la era de Hitler la empresa Krupp fue dirigida por el anciano Krupp von Bohlen und Halbach y su cuñado, el barón Tilo von Wilmowsky, un alto funcionario de los ferrocarriles del Estado.»

Tilo estuvo allí, evidentemente, pero manifestar que su gestión había sido útil al Führer era absurdo. Una noche, Gustav le dejó maniobrar con el tren en miniatura de la familia. En pocos minutos el barón hizo volcar dos locomotoras, pasó cuatro señales rojas, aplastó un conmutador, destrozó una estación, y antes de que Gustav se le acercara frenéticamente desde el otro lado de la mesa, provocó un cortocircuito en el transformador. De haber sido nombrado para el puesto más humilde en los ferrocarriles, Hitler habría perdido la guerra en la frontera polaca.

Sin embargo, lo que los visitantes pensaban de la exposición del museo de Linden no tenía demasiada importancia para Kruschev, ni para el canciller Adenauer. En Alemania, cuando un canciller es fuerte, elabora su propia política exterior. Esto ocurrió cuando los reyes de Prusia, con los kaisers, en Weimar y con el Führer, por lo que *der Alte* sólo tuvo que decidir, sencillamente, si los vientos más auspiciosos soplaban desde el Este o del Oeste.

Como admirador de Bismarck que era, Adenauer consideró que tenía capacidad para intuir los hechos por venir. Una vez más se alzaron las copas llenas de vodka. La impenetrable puerta del Kremlin estaba abierta. Con el precedente de Beitz, la Bundesrepublik seguiría su ejemplo, y podría iniciarse un intercambio comercial. A fines de 1960, Beitz llevó a cabo una de las decisiones más desastrosas en la historia de Krupp; al contemplar las vastas estepas rusas, y como si se sintiera bajo el hechizo del viejo Canciller de Hierro, Beitz se apresuró a devolver el abrazo del gran oso polar soviético.

En el Hauptverwaltungsgebäude hubo un movimiento de gozo, y Krupp, habiendo ya casi sancionado el papel de *die Firma* en la fatal decisión, compartió el entusiasmo de que hacía gala el Direktorium. Bajo el imperialismo de Guillermo, les recordó, el comercio había seguido a la bandera. Ahora el Konzern cambiaba la situación, y era la bandera la que seguiría al comercio. Efectivamente, en el nuevo Reich, los escolares iban a aprender que «*Die Fahme folgt dem Handel*».